

Crónicas

LA PAZ Y SUS HISTORIAS

Leonardo Reyes Silva



H. XI Ayuntamiento de La Paz



H. XI AYUNTAMIENTO DE LA PAZ

**LIC. VÍCTOR MANUEL GULUARTE
CASTRO PRESIDENTE**

**LIC. JUAN RAÚL MENDOZA
UNZÓN SECRETARIO GENERAL**

**C.P. MARCO ANTONIO CASILLAS
HIRALES TESORERO GENERAL**

**ING. ERIC PATROCINIO CISNEROS
BURGOS OFICIAL MAYOR**

CRÓNICA: La Paz y sus historias
Derechos Reservados: Leonardo
Reyes Silva Derechos Reservados:
Municipio de La Paz

Primera Edición: 2003
Impreso y hecho en México

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

Hernán Cortés y la fundación de La Paz

Dos californianas enamoradas

Santa Rosa de las Palmas. Una misión Sudcaliforniana

Todos Santos, una historia interesante.

Las cartas delatorias

Los presidentes municipales de La Paz

Entre la vida y la muerte

El partido de los P.M.

Una concha de Nueva Galicia

¡Tacos de aserrín, joven!

La jura de la independencia en Baja California

Los portales de la ciudad de La Paz

Cabo San Lucas en la historia Bajacaliforniana

Cuba, la bella

Las perlas de California

La huerta de Cornejo y otras historias

La iglesia de nuestra señora de La Paz

El Sudcaliforniano y Diana Reyes

José Matías Moreno, un patriota sudcaliforniano

Una promesa cumplida

No señor, solo tenemos chorizo de abulón

La delegación de San Juan de los Planes

Un rancho sudcaliforniano y el guayparín

El agua es la vida

La Paz y J. R. Southwort

Los amigos y los barcos

La llorona en La Paz

Ulises Urbano Lassépas, el olvidado

“El güero” del Rancho las Canoas

PRESENTACIÓN

El proyecto cultural del XI Ayuntamiento de La Paz está contemplado en Plan Municipal de Desarrollo, 2002-2005, que tiene como estrategia la conservación de la identidad cultural de la ciudad y pueblos del municipio, por medio del rescate de las tradiciones populares, el fomento de la cultura popular y las bellas artes. Dentro de las líneas de acción, el Plan establece la creación del proyecto editorial que tienen como tareas principales la publicación de libros y folletos científicos y literarios, y la realización de talleres y premios municipales.

Es por eso que en esta ocasión me complazco en presentar el libro titulado “La Paz y sus historias”, cuyo autor es el profesor Leonardo Reyes Silva, Cronista del Municipio de La Paz. Con esta obra son ya tres publicadas por el autor, todas relacionadas con la historia, las tradiciones y las costumbres de los habitantes de esta región de nuestro estado.

“Calles y Monumentos de la ciudad de La Paz”, “Casos y Cosas del Municipio de La Paz” y ahora **“La Paz y su historias”** nos ofrecen un panorama de lo que hemos sido a través del tiempo, pero también lo que hemos logrado gracias a la participación de todos los que habitamos este municipio. A través de una selección cuidadosa de las crónicas escritas por el autor, el público lector puede enterarse de aspectos desconocidos de nuestra historia y de volver a

recrearse con temas que conforman el devenir cotidiano de nuestra cultura.

El XI Ayuntamiento de La Paz inicia con esta obra un programa editorial que esperamos tenga la aceptación de nuestro pueblo. La educación y la cultura paceñas merecen especial atención de la administración municipal.

Lic. Víctor Manuel Guluarte Castro

PRÓLOGO

Gracias a la buena disposición de las autoridades del XI Ayuntamiento de La Paz fue posible la edición del libro de crónicas que tienes en tus manos. Como los dos anteriores, su contenido es una selección de artículos que aparecieron en los periódicos de la localidad referentes a la historia de nuestra entidad, a los sucesos que han tenido lugar en nuestro municipio y, particularmente, en la ciudad de La Paz, razón por la cual lleva por título “La Paz y sus historias”.

En las 29 crónicas que aparecen en el libro — algunas de ellas con fotografías—, se tratan temas de nuestro pasado como la fundación de La Paz y la jura de la independencia en la Baja California; se recuerdan aspectos importantes de algunos pueblos como Todos Santos y San Juan de los Planes; se hace mención de personajes del ayer y del hoy, como José Matías Moreno y la cantante Diana Reyes; con afanes de divulgación están incluidas crónicas alusivas a las perlas de California y la iglesia de Nuestra Señora de La Paz.

“La Paz y sus historias” como los dos libros anteriores de crónicas, tiene el propósito de servir de enlace entre las cosas de nuestro pasado y de nuestro presente con las actuales generaciones de niños y jóvenes, a quienes debemos ofrecer los medios más idóneos para que conozcan los esfuerzos de hombres y mujeres que hicieron y están haciendo la historia de Baja California Sur y de nuestro municipio de La Paz.

El libro también está dirigido a la población en general, sobre todo a los que conforman la sociedad de los "P.M.", y cuyos dignos representantes hacen acto de presencia cotidianamente en nuestro centenario Jardín Velasco. Gracias a ellos, varias crónicas llevan el sello inconfundible de sus recuerdos.

Como ha sucedido con los anteriores, espero que este libro merezca la aprobación de sus lectores. Para el autor será una prueba más que justifica la intención con que fue escrito.

Leonardo Reyes Silva

HERNÁN CORTÉS Y LA FUNDACIÓN DE LA PAZ

Al conquistador Hernando de Cortés siempre se le menciona cuando se habla de la fundación de La Paz, incluso en las fiestas conmemorativas del día 3 de mayo se escenifica el desembarco de los españoles en tierras bajacalifornianas, ante la presencia de los indios y la reina Calafia.

Por supuesto que lo anterior es un mero simulacro dado que ni los indios estuvieron presentes, ni existió una reina con ese nombre, al menos aquí en la península. Lo que si fue cierto es que Cortés llegó a este lugar el 3 de mayo de 1535, y después de las ceremonias de rigor, fundó el “Puerto y Bahía de Santa Cruz, conforme lo atestigua el acta levantada en esa ocasión.

Pero fuera de eso, el conquistador de México sigue siendo un perfecto desconocido para los niños y los jóvenes de nuestra ciudad, sobre todo porque su figura y su obra han sido poco difundidas, a no ser por los cronistas e historiadores de alto nivel, como fueron Bernal Díaz del Castillo, Francisco Aguilar, Francisco Javier Clavijero y por el mismo Cortés, en sus Cartas de Relación enviadas al rey de España. Más recientemente otros investigadores han estudiado su vida, entre ellos el norteamericano William H. Prescott y el argentino Carlos Pereyra. Los mexicanos de la presente época también han analizado la obra del fundador de La Paz como José Vasconcelos, Alfonso Teja Sabre, Fernando Benítez y Miguel León Portilla.

En el año de 1992, el periodista Octavio Aguilar de la Parra visitó nuestra ciudad para presentar su libro “La sombra de Cortés sobre los muros mexicanos” y tuvo la gentileza de obsequiarme uno de los ejemplares. En el preámbulo el autor dice: *“La figura de Cortés en todos sus aspectos ha sido discutida y examinada por numerosos escritores e investigadores de ayer y de hoy. Con pasión, en pro y en contra, con pruebas o sin ellas, con simpatía y enconos...”*

En una objetiva defensa de sus méritos, Aguilar recuerda que a Cortés siempre se le ha mencionado como soldado cruel e insensible, pero se olvida que fue el creador del primer ayuntamiento de América en Veracruz, en 1519; que fue explorador de los mares de las Antillas, Las Hibueras y del Golfo de Cortés hoy de California; que fue el fundador de ingenios azucareros en Tuxtla, Veracruz, Axomulco y Tlaltenango, estos últimos en el Estado de Morelos.

A cuatro siglos de distancia de la conquista de México y de la muerte de Hernán Cortés, aún su recuerdo es motivo de controversias. Cuando murió, en 1547, en Castilleja de la Cuesta, España, el rey Carlos V autorizó que sus restos fueran traídos a México, donde permanecieron en el Hospital de Jesús desde el año de 1794. Tal era el odio que en ese entonces se le tenía al Marqués del Valle de Oaxaca, que en 1822 se presentó una iniciativa al Congreso para que sus restos fueran sacados de su tumba e incinerados, a fin de borrar para siempre su nombre de la historia patria.

Pese a todo lo que hizo para engrandecer a España, en sus últimos años de vida fue despreciado, mi-

nimizando su obra en la Nueva España. Cuenta la historia confundida con la leyenda que un día, tras infructuosos intentos por ser recibido por el rey, se aproximó a la carroza del soberano y éste le preguntó: —¿Quién sois?— Indignado y altivo, Cortés le respondió: —“Soy el hombre que te ha dado más tierras que besos te dio tu madre en tu niñez”

En México se le recuerda poco al fundador de nuestra ciudad. Dos o tres monumentos sin trascendencia y la reconstrucción de la ex Hacienda de Cortés en San Antonio Atlacomulco. Aquí en La Paz tenemos un fraccionamiento llamado “El Pedregal de Cortés” y teníamos el Mar de Cortés que ahora se llama Golfo de California.



Hernán Cortés, fundador de la ciudad de La Paz

Dos californianas enamoradas.

Sería conveniente, sobre todo para justificar nuestra historia y con fines turísticos, que se construyera un monumento a su memoria, y se colocara en un lugar adecuado del remozado malecón. De pérdida los visitantes nacionales y extranjeros, y aún los mismos paceños se preguntarán: —Y este señor, “¿Quién fue?

DOS CALIFORNIANAS ENAMORADAS

Hace cerca de 200 años, cuando frailes franciscanos y soldados colonizaban la Alta California estableciendo misiones y presidios en lo que hoy son las ciudades de San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco, y cuando buques nacionales, angloamericanos, franceses y rusos arribaban a estos lugares, tuvo lugar un episodio amoroso en el que intervinieron la hija del comandante Luis Arguello del presidio de San Francisco y el conde ruso Nicolai Petrovich Rezanov.

El 5 de abril de 1806 el bergantín Juno al mando del conde, llegó a ese puerto en busca de provisiones y para establecer relaciones de ayuda mutua con el gobernador del territorio español que en esos años era José Joaquín de Arrillaga. Mientras esperaban la entrevista con el gobernante —éste radicaba en Monterrey— la tripulación adquirió víveres que eran necesarios para socorrer a la colonia rusa de Sitka, en Alaska, cuyos moradores se estaban muriendo de hambre. El comandante del presidio, por su parte, atendió al conde y a los oficiales del barco de la mejor manera. Fue así como Rezanov conoció a María de la Concepción Arguello quien en ese entonces tendría unos quince años de edad.

Galante, educado, de buena presencia y de la nobleza rusa, el conde causó una impresión muy agradable a la adolescente tanto, que al cabo de unas se-

manas se comprometieron en matrimonio. Naturalmente su unión tardaría un tiempo ya que necesitaban la autorización del rey y del papa, dado que se casarían por otra religión. Mientras tanto, Rezanov preparó un viaje a Sitka a fin de ir en auxilio de sus compatriotas.

Pero en conde ya nunca regresó a San Francisco. Después de permanecer unos días en la colonia, prosiguió su viaje a Rusia para informar a la Corte de los resultados de su empresa. Y en el trayecto perdió la vida al cruzar un río helado en Siberia. Era el mes de marzo de 1807. Conchita Arguello lo esperó toda su vida. Mucho tiempo después cuando se enteró de su muerte, ingresó a un convento y ahí murió a los 67 años de edad.

En 1847, cuando tuvo lugar la guerra con los Estados Unidos y las tropas de ese país se apoderaron de la Baja California, un coronel llamado Henry J. Burton llegó en la fragata Lexington a La Paz designado por las fuerzas de ocupación como jefe político de la península. Como se sabe, varias personas vieron con buenos ojos la presencia de los norteamericanos y en cierta forma colaboración con ellos. Entre ellas estaba la familia Ruiz, que tenía una hermosa hija de nombre María Amparo.

A sus quince años de edad —igual que Conchita Arguello— esta joven engalanaba con su presencia los mejores salones de la sociedad paceña, ya que ella era descendiente de José Manuel Ruiz quien fuera gobernador de la Baja California en los años de 1822 a 1825. Y, desde luego, uno de los invitados a esas reuniones era el coronel Burton quien seguramente quedó prendado de la belleza de María Amparo.

Al finalizar la guerra en 1848, las tropas extranjeras volvieron a los Estados Unidos y con ellas muchas personas —cerca de 300— que se fueron al país vecino en calidad de refugiados. La familia Ruiz formó parte de ese grupo, acusado de ser partidario de la anexión de la Baja California a los Estados Unidos. Para el coronel Burton tal decisión fue conveniente a sus inclinaciones amorosas, ya que su noviazgo podría continuar en la ciudad de Monterrey, lugar donde concentraron a toda esta gente.



María Amparo Ruíz de Burton

La boda fue un acontecimiento en esa ciudad californiana y desde ese momento la señora Ruiz de Burton se integró a esa región ya perteneciente a los

Estados Unidos. Con el tiempo su esposo fue ascendido a general y ella frecuentó los altos círculos sociales e intelectuales del país vecino. Al finalizar el siglo XIX María Amparo estaba considerada como una de las mujeres más distinguidas tal como lo afirman sus biógrafos, entre ellos Frederick Bryant Oden autor del libro **“The Maid of Monterrey”**.

Esta mujer, oriunda de Loreto, escribió varios libros y una novela: **”The squatter and the Don”** que ha sido reeditada últimamente. Aunque pasó la mayor parte de su vida en Norteamérica, no puede ignorarse el hecho de que es nativa de Baja California Sur.

SANTA ROSA DE LAS PALMAS, UNA MISIÓN SUDCALIFORNIANA

Como ya ha sido una costumbre, los habitantes de Todos Santos se preparan para festejar el día de la Virgen del Pilar, la que desde 1749 es venerada en esa población. Eventos culturales diversos como a presentación de grupos artísticos, obras teatrales, conferencias, presentación de libros, exposiciones, con parte de las actividades que se desarrollarán en los días previos a este acontecimiento.

Coinciden estos festejos con el día de la hispanidad el día 12 de octubre y que nosotros conocemos como el descubrimiento de América, por Cristóbal Colón. A la virgen María del Pilar, desde tiempos muy remotos se le venera en la ciudad de Zaragoza, España, donde existe una suntuosa iglesia que es conocida como el Templo de la Raza. Cuenta la tradición que la virgen María, cuando todavía vivía, le prometió al apóstol Santiago que se aparecería en aquel sitio donde se convirtieran más hombres para la fe de Cristo. Y fue en ese lugar donde cumplió su promesa, pidiendo que se le construyera una capilla, como un pilar que permanecería hasta el fin de los tiempos.

En Todos Santos, la misión que se fundó por los religiosos jesuitas en 1733 llevó el nombre de Santa Rosa de las Palmas, aunque años antes ya había sido una visita de la misión de La Paz. En 1733, el padre Sigismundo Taraval se estableció en ella, a fin de continuar la obra de evangelización entre los indios de esa

región. La misión conservó ese nombre hasta el año de 1749, ya que por motivo del traslado de los indios neófitos de La Paz a Todos Santos, se le comenzó a llamar Nuestra Señora del Pilar. Debemos recordar que la misión de La Paz llevaba ese nombre, pero al quedar abandonada en ese año dejó de llamarse así.



Capilla Nuestra Señora de Fátima en este lugar se encontraba la antigua misión Jesuítica.

Los padres jesuitas atendieron la misión hasta el año 1768, año en que otra orden religiosa llegó a California para hacerse cargo de los establecimientos católicos. Primero fueron los padres franciscanos y cinco años después los dominicos los que permanecieron la frente de las misiones, entre ellos Juan Ramos de Lora, José Murguía, Juan Figuer (franciscanos), y después Mariano Fernández, Jacinto Fiol y Gabriel González (dominicos). En 1840 la misión fue abandonada defi-

nitivamente por la escasa población de neófitos y también por las dificultades que tuvieron los padres para administrarlas a su criterio.

Nuestro estimado amigo, el profesor Néstor Agúndez, en un interesante folleto publicado en 1992, dice que fue el padre Jaime Bravo quien bautizó a esa comunidad como Todos Santos. En efecto, cuando este jesuita fundó la misión en La Paz en 1720, recorrió la parte sur de la región y estableció tres sitios para catequizar a los indios. Uno de ellos fue Todos santos, según lo asienta el padre cronista Miguel Venegas en su libro "Noticias de la California y su conquista temporal y espiritual" aparecido en el año de 1757. Por eso fue muy natural que la misión fuera identificada como Nuestra Señora del Pilar de Todos Santos.

Han pasado muchos años desde ese entonces y todos santos continua presente en la geografía sudpeninsular. Con los avatares propios de su larga vida, y con la presencia de sus hombres y mujeres en los diversos acontecimientos políticos, sociales y culturales, esta comunidad tiene una historia que merece conocerse por propios y extraños. Su identidad californiana, sus luchas contra las intervenciones, la defensa de los ideales democráticos durante la revolución mexicana y la lucha cotidiana a seguir por los habitantes de Baja California Sur.

TODOS SANTOS, UNA HISTORIA INTERESANTE

La primera vez que los pobladores de Todos Santos se enfrentaron a una fuerza enemiga fue en el año de 1822, cuando el almirante Thomas Cochrane a cargo de la escuadra chilena, mandó dos buques, el Independencia y el Araucano a recorrer la península de la Baja California. El primero llegó a San José del Cabo y el segundo arribo a las costas de Loreto, para comprar carne y otras provisiones.

El Independencia, al mando del comodoro Wilkinson, se apoderó de San José y tomó prisionero a don Antonio Quartara, que había sido gobernador del puerto de San Blas. Fue este señor quien les informó que en una bahía cercana se encontraba un bergantín que podía llevar la noticia a la contracosta de la presencia de los llamados corsarios. Ante este temor, el comodoro ordenó al teniente Jorge Campell, que con una partida de marineros se trasladara por tierra hasta llegar al lugar donde estaba la embarcación y la echara a pique.

Un grupo de todosanteños, al darse cuenta del daño causado al bergantín —don Manuel Salgado era el dueño— se enfrentaron a los intrusos matando a varios de ellos y a otros los hicieron prisioneros. De este suceso hay varias versiones, pero la que más se acerca a la verdad es la que aparece en el libro “Los Insurgentes del Sur” del historiador chileno Carlos López Urrutia.

En 1842 vuelven nuevamente los pobladores de este pueblo a participar en una revuelta contra el gobierno del jefe político Luis del Castillo Negrete, quien había expedido unas disposiciones sobre la distribución de las tierras de la misión. En esa ocasión, el padre Gabriel González, acompañado de Manuel Márquez de León, José Matías Moreno, Felipe Montes, José Avilés y otros más, le presentaron batalla a las fuerzas del gobierno, pero fueron derrotados. En calidad de prisioneros fueron trasladados al puerto de Mazatlán.

Durante la invasión norteamericana a la Baja California, en los años de 1846 a 1848, la participación de los todosanteños fue muy significativa. Por un lado Manuel Márquez de León que combatió en el estado de Sinaloa y por otro, el P. Gabriel González a quien lo consideran como uno de los más ardientes defensores de la península. No obstante que después del 29 de febrero de 1848 se habían suspendido las hostilidades en base al Tratado de Guadalupe, los grupos defensores de nuestra soberanía continuaron luchando contra el enemigo hasta el mes de marzo de ese año.

Todos Santos fue la última población en rendirse, no sin antes presentarle una tenaz oposición a las fuerzas del coronel Burton y del capitán Naglee allí fue capturado el P. Gabriel González.

Refiriéndose a este último combate, la historiadora Ángela Moyano Pahisa dice lo siguiente. *“Después de esta última campaña, las fuerzas norteamericanas regresaron a La Paz, el 12 de abril de 1848. La conquista de la Baja California había terminado. ¡Necesitaron seis meses para doblegar a los patriotas de Baja California Sur! Un ejército poderoso, con todos los adelantos de la*

técnica militar mal armadas...Seis meses fueron necesarios para conquistar Baja California Sur, una tierra paupérrima y escasamente poblada, pero cuyos habitantes eran fieros guerreros decididos a permanecer mexicanos...”

Todos Santos ha estado presente en los momentos en que peligraba la soberanía y la paz de la Nación. Preparó sus armas en contra del filibustero William Walker, en 1853. Ofreció el “contingente de sangre” en la guerra contra los franceses en 1862, según lo atestigua el presidente municipal de ese entonces, Gregorio Villarino. Algunos de los ciudadanos enlistados fueron Atanasio Villarino, Victorino Legaspi, Avelino Cota, Pedro Amador, Benigno Avilés, Antonio Espinoza y 26 más.

En un párrafo de su comunicado, el señor Villarino dice *“Grande ha sido el entusiasmo con que esta municipalidad ha recibido la disposición de usted, y el corazón se conmueve de júbilo al ver retratado en los semblantes de todos el fuego del patriotismo y el deseo ardiente de no ser los últimos en tener la gloria de disparar sus fusiles sobre el enemigo invasor...”*

II

Hace tres años, en el coloquio internacional **“La Frontera, una nueva concepción cultural”**, organizado por la UABCS, Rossana A. Almada Alatorre presentó un ensayo sobre el imaginario colectivo de Todos Santos cultural que dará *“como resultado la subordinación de la cultura local y de la jornalera a la*

del grupo que pretende consolidarse como élite local (los norteamericanos) ...”

Varios indicadores se ponen como ejemplo de la investigación como la presencia de los extranjeros en la vida social del pueblo, el apropiamiento de los espacios céntricos, la compra de casas y terrenos y los negocios dedicados a la compraventa de bienes y raíces. A lo anterior habrá que agregar la influencia cada vez mayor del turismo norteamericano y europeo. El mismo ensayo aclara que la mayoría de los que viven en Todos Santos son personas jubiladas que buscan tranquilidad, sin los jolgorios de otras partes, como Los Cabos.

Llaman la atención las afirmaciones de la ensayista sobre todo en el caso de la subordinación cultural nacional a la extranjera. Se refiere seguramente a la enajenación cultural que se da cuando un pueblo no tiene raíces, que olvidó sus tradiciones y que aún no desarrolla o asimila otras en forma consistente. Cuando tales condiciones no existen, bien se pueden asimilar otras culturas y valorarlas adecuadamente. Yo creo firmemente que este es el caso de Todos Santos.

No podemos olvidar lo que es y ha sido esta comunidad sudcaliforniana. De sus apellidos tradicionales como los Salgado, Espinoza, Martínez, Villarino, Albáñez, Márquez, Domínguez, etc. De sus hombres distinguidos del pasado y del presente como el general Manuel Márquez de León, general Clodomiro Cota Márquez, General Melitón Albáñez y del mismo P. Gabriel González que aunque nació en España se identifica con este pueblo; de doña Dionicia Villarino, digna exponente de las mujeres de esta tierra. No podemos

ni debemos dejar de mencionar a los hombres que en estas últimas décadas se ha distinguido en el servicio público como autoridades municipales, diputados y funcionarios del gobierno estatal como esteban Pérez Espinoza, César Moreno Meza, Jorge santa Ana González y Manuel Salgado Calderón. Y de los hacedores de la educación y la cultura como Néstor Agúndez Martínez, Oralía Fernández, Valente de Jesús Salgado Calderón, José salgado Pedrín y Heriberto Parra Hacke.

La identidad todosanteña va para largo. Mientras existan sus hermosas huertas, el teatro Manuel Márquez de León, su iglesia donde se venera a la Virgen del Pilar, el edificio de la antigua escuela primaria Melitón Albáñez hoy convertida en el Centro Cultural Siglo XXI, las sabrosas coyotas y las crujientes melcochas, Todos santos no debe temer al futuro. Sus hombres y mujeres, como en el ayer, defenderán lo que es suyo porque es el patrimonio de sus familias y es la herencia que dejarán a las futuras generaciones de Sudcalifornia.

LAS CARTAS DELATORAS

Una carta escrita en 1885 por un jefe indio al presidente de los Estados Unidos me hace recordar otras, que en distintas circunstancias y fechas, han sido portavoces de las injusticias que se cometen en razones de las ambiciones de poder, de mayores riquezas y de actuar sin tomar en cuenta las opiniones ajenas.

En 1879, el general Manuel Márquez de León dirigió una carta al entonces presidente Porfirio Díaz en la que reprochaba su mala administración y le pedía su renuncia al cargo diciéndole: *“Si usted fuera el hombre honrado y patriota que yo me figuré en mi acalorada fantasía, tendría alguna esperanza de que, cediendo a la razón se retirara de la escena política sin ocasionar más desgracias...”* Una fecha anterior, el día cinco del mismo mes, el general Márquez se había levantado en armas mediante el Plan Revolucionario de El Triunfo.

El mes pasado, el escritor Gabriel García Márquez, con la calidad moral que le da el ser premio Nobel de Literatura, le dirigió una misiva al presidente Bush acusándolo de ser el instigador de la guerra contra Irak, pero además le recuerda la historia colonialista de los Estados Unidos y su intromisión, con afanes de dominio económico, en muchos países del mundo. En una de sus partes le dice: *“Hace casi un siglo que tu país está en guerra con todo el mundo. Curiosamente tus gobernantes lanzan los jinetes del Apocalipsis en nombre de la libertad y de la democracia. Estados Unidos no representa la libertad, sino un enemigo lejano y*

terrible que sólo siembra guerra, hambre, miedo y destrucción.”

La carta que mencioné al principio de esta crónica apareció en el resumen semanal de noticias de Tamarindo, Visión empresarial en Baja California Sur, y fue enviada por el arquitecto Jacinto Avalos. En 1885, el gobierno de los Estados Unidos inició gestiones para la compra de las tierras que estaban en poder de las tribus indígenas, presionado por los grupos de colonos que se iban extendiendo por el centro y el oeste de ese país. Ante tal pretensión, el jefe indio Seathl de la tribu Owan le contestó al presidente Cleveland diciéndole, entre otras cosas:

“Cada parte de esta tierra es sagrada para mi gente. Cada espina del pino brillante, cada orilla arenosa, cada bruma en el oscuro bosque, cada claro y zumbador insecto es sagrado a la memoria y experiencia de mi gente. ¿Cómo se puede comprar o vender el cielo, el calor de la tierra? Nosotros sabemos que el hombre blanco no tiene nuestras costumbres, para él una porción de tierra es la misma que otra, porque él es un extraño que viene en la noche y toma de la tierra lo que necesita... Si nosotros vendemos a ustedes nuestra tierra, ámenla como nosotros la hemos amado, cuídenla como nosotros la hemos cuidado...”

Estos pensamientos expresados con un profundo y emotivo sentido de pertenencia fue un reclamo infructuoso, porque al fin las tierras les fueron arrebatadas a las tribus indígenas por las buenas o por las malas, después de guerras cruentas que diezmaron su población. Los pocos indios que quedaron fueron

confinados en reservaciones donde vivieron —y viven— de la nostalgia por sus tierras perdidas.

Nostalgia como la que debieron haber sentido los pobladores indígenas de la Baja California cuando los padres jesuitas los encasillaron en las misiones con el propósito de educarlos y alimentarlos. Tristeza cuando esos mismos sacerdotes, obligados por las circunstancias, tuvieron que trasladarlos de una a otra misión, dejando atrás su hábitat al que querían y protegían como parte de sí mismos.

Dicen que las enfermedades acabaron con los californios, pero no debemos descartar la posibilidad de que también se debió a la pérdida de su tierra tradicional, aquélla que por siglos les permitió vivir y la que, de pronto, la perdieron. Un sacerdote, Sebastián de Sistiaga, al oponerse al traslado de los nativos de una misión a otra, argumentaba que los californios “*eran naturalmente amantes de su tierra*”. Pero como sucedió con el jefe indio Seathl, nadie le hizo caso.

Como quiera que haya sido, lo cierto es que la carta dirigida al presidente de los Estados por todo lo que tiene de amor a la tierra, debiera ser de lectura obligada para tanto sudcaliforniano, los ejidatarios entre ellos, que están enajenando su patrimonio a cambio de una riqueza momentánea.

LOS PRESIDENTES MUNICIPALES DE LA PAZ

Desde que Miguel Molina tomó posesión como primer alcalde del municipio de La Paz en 1830, hasta el licenciado Víctor Manuel Guluarte Castro en el año 2002, han pasado 172 años, periodo en el cual no menos de 50 personajes han representado a la comuna paceña, muchos de ellos por tiempos limitados de menos de un año, y otros por más de diez como fue el caso de Gastón J. Vives Goureaux.

La dependencia por muchas décadas del gobierno central, la falta de una constitución local y la pérdida de archivos referentes a nuestra historia, impidieron conocer con detalles las actividades político-administrativas de los alcaldes que fungieron como tales, a partir de la época independiente de México. Lo poco que se ha rescatado sobre ellos proviene del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y de libros antiguos como los de Adrián Valadez, Manuel Torres Iglesias y el mismo profesor Martínez.

En los últimos diez años la UABCS, a través de sus investigadores en ciencias sociales, han publicado una docena de libros sobre temas regionales en los que se encuentran alusiones a los alcaldes y su participación en diferentes sucesos de la vida política, social y económica de la entidad. Debo mencionar también la Antología de Historia Regional editada por el Consejo Estatal Técnico de la Educación para uso de los alumnos de tercer año de educación secundaria, que incluye

variadas referencias sobre los alcaldes paceños del siglo XIX y principios del XX.

El nombramiento de alcalde —jefe administrativo del gobierno municipal— fue un término común utilizado hasta mediados del siglo XIX en la Baja California incluso, en varios estados de la república se sigue utilizando hasta la fecha. Fue a partir de la constitución de 1857 cuando se les comenzó a llamar Presidentes del Ayuntamiento tal como se aprecia en muchos documentos de ese tiempo.

La historia de la Baja California es interesante porque a pesar de sus limitaciones en la toma de decisiones, en gran parte del siglo XIX y como consecuencia de los movimientos políticos que tuvieron lugar en el centro de la República, los grupos ciudadanos y las autoridades enfrentaron diversos problemas buscando cada quien el bienestar de la población y llegando hasta las sublevaciones con tal de lograr sus propósitos. Las etapas de la invasión norteamericana, la guerra de Reforma, la intervención francesa y la Revolución Mexicana fueron motivos para las pugnas de esos grupos entre los que se encontraban, no podía ser de otra manera, los ayuntamientos.

Durante la guerra de Reforma —1858-1860—, por ejemplo, a los presidentes municipales Manuel Amao, Nicanor Cota y Pablo Pozo les tocó sortear los problemas originados por el desconocimiento de la Constitución de 1857, el derrocamiento del presidente Ignacio Comonfort, la aceptación o no del Plan de Tacubaya donde se eligió a Félix Zuloaga como presi-

dente y la actitud de los grupos liberales que reconocieron a Benito Juárez como el presidente legal de la República.

Pero junto a estos acontecimientos de carácter nacional, las autoridades del gobierno tanto territorial como municipal se avocaron a solucionar los problemas internos, suscitados por los grupos reaccionarios apoyados por la iglesia que hicieron causa común para desconocer los postulados constitucionales, en especial aquéllos que afectaban los intereses del clero católico. Los jefes políticos de ese entonces José María Esteva, Francisco Canto y Ramón Navarro tuvieron serias dificultades con las autoridades eclesiásticas que se negaban a respetar los ordenamientos legales e incluso predisponían al pueblo en su contra.



Lic. Víctor Manuel Guluarte Castro Presidente Municipal de La Paz.

Afortunadamente las cosas no pasaron a mayores ya que los representantes de la iglesia se sometieron a las leyes constitucionales, aunque para ello fue

preciso imponer sanciones a los sacerdotes por desacato a las autoridades. Uno de los afectados fue el cura Mariano Carlón al que multaron con 500 pesos por desaires al jefe político.

Los presidentes municipales de una u otra forma siempre estuvieron presentes en la toma de decisiones que afectaban la vida de los ciudadanos del municipio de La Paz. Cada uno en su tiempo y ante las circunstancias supieron cumplir con su deber, por más que a veces la lucha por el poder los colocaba en posiciones contrarias. No se puede analizar la historia de nuestra entidad sin tomar en cuenta el papel que desempeñaron los ayuntamientos los que, con sus limitaciones, aportaron su esfuerzo al progreso de la entidad.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Murió cuando menos lo esperaba, ahora que se había hecho el propósito de cambiar su forma de conducta. Murió y en su velorio estuvieron ausentes los amigos pues no los tenía, y sus familiares no asistieron ya que hacía tiempo que lo habían desconocido precisamente por su original pero reprobable estilo de vida que llevaba.

Yo lo conocí muchos años atrás, quizá unos treinta, cuando ya el vicio del alcohol se había apoderado de él. Vecino del barrio donde hemos vivido siempre, habitaba una modesta vivienda en compañía de su madre, una tierna viejecita que le perdonaba todo y lo protegía dándole abrigo y alimento. Cuando ella murió, víctima más del sufrimiento por el hijo descarriado que por las enfermedades, el terreno y la casa que ocupaban fueron vendidos, y a partir de ese entonces vivió errante, durmiendo donde se le hacía noche, malcomiendo, pero siempre con los efectos del licor en su cuerpo.

Cuando nos encontrábamos, invariablemente me suplicaba: —Jefe, ¿No tiene dos pesos que me preste? Y yo, a sabiendas que los utilizaría para continuar con su vicio, le entregaba algo de dinero. En ocasiones, cuando la “cruda” le era insoportable, me pedía un poco de licor y la recompensa era una sonrisa de agradecimiento. Y se alejaba calle abajo, por toda la 16 de septiembre, en un caminar sin ilusiones, con su malestar a cuestas.

En sus momentos de sobriedad era un conversador ameno, afecto a recordar pasajes de su vida, como cuando fue boxeador o las temporadas en que trabajó en barcos pesqueros. Había que tener paciencia en escucharlo, sobre todo porque en esos momentos de lucidez mostraba la otra cara de su personalidad. Y porque, además, daba pie a la pregunta: — ¿Cómo ayudar a esta clase de personas para alejarlas del vicio? Frente a nosotros, con su mirada pícara, su cabello ralo y decentemente vestido, era la antítesis del borrachín sucio y maloliente en que se convertía por causa de las bebidas embriagantes.

Con el paso de los años, Mario “El parara” se fue degradando más y más y su presencia en la cárcel fue una cosa común. Pero como su delito era ser un vicioso consumado, a los pocos días ya estaba de nuevo pidiendo limosnas para continuar tomando. En una ocasión, cuando andaba perdido de borracho, unos bromistas lo embadurnaron de aceite quemado y durante varios días asustó a los niños del barrio con su presencia. Pero a él no le importaba; el alcohol borra todo vestigio de decencia y de vergüenza.

Hace escasamente un mes lo encontré frente a BANCOMER, sobrio y con unas franelas bajo su brazo. Al verme se acercó solícito pidiéndome autorización para limpiar mi carro. Al ver mi cara de interrogación, me explicó: —Hace tres meses que dejé la bebida y ahora me gano la vida con este trabajo— Al verlo ahí, con su sonrisa bonachona, pobre pero limpiamente vestido, desee para mis adentros que ojalá y durara su redención.

El día primero de este mes, en el cruce de dos calles de gran tráfico, Mario fue atropellado por un vehículo. Se atravesó imprudentemente y no hubo tiempo de evitar el accidente. Al día siguiente murió en el hospital Juan María de Salvatierra, a causa de un traumatismo craneoencefálico severo. Al fallecer tenía 52 años de edad, una larga e inútil vida echada a perder por el alcoholismo. Y lo que son las cosas: lo que no le pasó cuando deambulaba con los humos de la embriaguez, le sucedió cuando estaba sobrio. Pero así es el destino de cada quien.

Mario “El Parara” quizá no merezca el recuerdo que hacemos de él. Su existencia fue un desperdicio porque no aportó nada a la sociedad. A menos, claro, que su presencia haya servido para mostrar a los jóvenes los caminos equivocados que se deben evitar, como son los que llevan a los vicios del alcoholismo y la drogadicción.

EL PARTIDO DE LOS P.M.

En ocasiones, cuando paso por el Jardín Velasco, me detengo a platicar con varios amigos cuyo promedio de edad pasa del tostón, aunque hay uno o dos que se fueron de paso, o sea que perdieron la cuenta de los años que tienen. Lo que si es cierto es que todos pertenecen a un partido apolítico, lo cual equivale a criticar con ofidia lengua a todo mortal o asunto que se le atravesase, aunque su predilección es hablar de los ausentes. Pero entre broma y broma — no cabe duda, la risa rejuvenece— se recuerdan tiempos pasados y sucesos que de alguna u otra manera forman parte de la historia de nuestra ciudad.

Ayer nada menos estaban sentados en una de las bancas del jardín, aprovechando la sombra de un frondoso árbol de tamarindo, sobreviviente de la tala de hace años, cinco de esos integrantes del P.M. cuya edad, parafraseando a Napoleón cuando llegó a Egipto me hizo exclamar: ¡Ah, La Paz, 350 años os contemplan! Y es que estaban reunidos el profesor Gustavo Farías Campos, el poeta José Alberto Peláez, Jesús Cota Rodríguez, Ramón Navarro y Ramón Silva. Después se sumaron el periodista Arturo Sotelo y Canet y el profesor José Antonio Salgado los que, entre paréntesis, no cantan mal las rancheras.

Los recuerdos se van hilvanado uno a uno y así escuché comentarios sobre la primera planta de luz que hubo en La Paz, en Todos Santos y otros pueblos cercanos a nuestra capital. Jesús, que trabajó toda su

vida en la Comisión Federal de Electricidad, explicó que en 1918 la planta funcionaba en el interior del antiguo palacio de gobierno y daba servicio a las manzanas contiguas. Posteriormente, se instaló cerca del malecón sobre la calle Ocampo y ya por el año de 1947 se trasladó al edificio construido en la esquina de las calles Ocampo y Ramírez.

Dice Jesús que en año de 1959 él y dos amigos saborearon el café más caro del mundo. Fue en ocasión del ciclón que azotó la ciudad causando destrozos, entre ellos el derrumbe de varios postes del sistema eléctrico, lo que motivó la suspensión del servicio. Al día siguiente, cuando se presentaron a trabajar, se les antojó un trago de café por lo que buscaron una parrilla eléctrica, prepararon la cafetera y para generar energía echaron a funcionar la planta el tiempo necesario. Cuando el café estuvo listo pararon la maquinaria y satisficieron su antojo.

Cuando llegó Arturo Sotelo salió la plática del origen del apellido Salgado lo que motivó el interés del profesor Toño quien preguntó si todos los Salgado provenían de un tronco común. Hubo opiniones diversas, pero fue Arturo el que se encargó de explicar, ya que su esposa Mary lleva ese apellido, que procede de raíces diferentes pues unos son descendientes de la palabra italiana Salgari y la otra de procedencia ignorada. —“O sea —interrumpió el ingeniero de Ramón Navarro dirigiéndose al profe Toño— que tú eres un Salgado de segunda” El coro de risas dio por terminada la discusión.

Entre guasas e indirectas—siempre las personas tenemos virtudes y defectos—de pronto se hace el silencio que es roto por uno de los presentes al decir: —“Bueno quien se va, para hablar de él”. Por lo que en una ocasión Arturo, previniéndose dijo: —“Vámonos todos de una vez”. Pero son buenos chicos los del P.M. por que aprovechan su ocio de manera positiva.

Siempre que me acerco a ellos me dejan algunas enseñanzas y les agradezco las deferencias que tienen conmigo. Cada vez que me divisan, con la sonrisa y el gesto cordial me dicen: —Véngase, mi cronista, para hablar de la gente!

Por cierto, les prometí una crónica sobre el petróleo ahora que Iraq sufre los estragos de la guerra. Pero no del petróleo de Oriente, sino el de nuestro país, porque José Alberto Peláez me recordó los versos de Ramón López Velarde en su poema Suave Patria, que dicen: “El niño Dios te escrituró un establo, y los veneros de petróleo, el diablo”

UNA CONCHA DE NUEVA GALICIA

Eugenia Garibay es una amiga, integrante de la Asociación de Escritores Sudcalifornianos, quien en días pasados viajó a los Estados Unidos para saludar a una de sus hijas que radica en la ciudad de Atlanta. Por coincidencia, un día antes le había obsequiado un ejemplar de mi libro **“Casos y Cosas del municipio de La Paz”**, por lo que aproveché para leerlo durante la travesía que efectuó por vía aérea.

A su regreso me comentó el interés que le produjo la crónica referente al escudo de armas de Baja California Sur y las características del mismo, sobre todo en la descripción de la concha que aparece en el centro rodeada de cuatro peces. De acuerdo con la ciencia de la Heráldica se trata de una *venera* o valva originaria de los mares de Nueva Galicia, España y que forma parte de un molusco llamado *Vieira* muy común en esa región. Esa venera “simboliza el fiero combate por la defensa de sus fronteras y, por ser de plata, con toda firmeza, vigilancia y vencimiento”.

Pero junto con el comentario, Eugenia me entregó como regalo una de esas conchas adquirida en La Coruña, España, con la explicación de que en esa parte del país los restaurantes sirven la “vieira” en su concha, tal como lo hacemos por acá con las almejas *chocolatas* o los ostiones. Como le llamó la atención las características de la venera, compró algunas e hizo que las limpiaran y pulieran. Fue una buena decisión al menos para mí, porque hacía tiempo deseaba tener una.

Y la pregunta obligada fue: —¿qué hace una concha española en el escudo de armas de nuestro Estado? La explicación más sencilla es que el escudo, según los enterados, fue creado en la época colonial allá por los años de 1535 a 1550, periodo en que gobernó la Nueva España el Virrey Antonio de Mendoza. Por eso sus características corresponden a la heráldica de España.

En la crónica a que he hecho referencia establecí la duda sobre la verdad del origen del escudo sudcaliforniano, sobre todo porque en esos años fueron únicamente 32 villas y ciudades las que tuvieron ese distintivo y en ellas no aparece La Paz ni mucho menos las Californias. Varios investigadores, entre ellos el Maestro Rolando Arjona Amabilis quien es un experto en cuestiones heráldicas, aseguran que el escudo no es tan antiguo e incluso comparten la idea de que fue hecho en la tercera década del siglo XX.

Y si fuera así, la concha sería originaria de los mares de Baja California, por ejemplo la conocida como almeja roñosa de risco que es muy parecida a la venera de Nueva Galicia. Y si fuera así, las características del escudo serían otras, más acordes con lo que ha sido en los últimos tiempos nuestra entidad. En 1962, el ameritado profesor César Piñeda Chacón escribió lo siguiente: *“El contorno dorado del escudo significa la riqueza de sus minas; la franja azul expresa el potencial económico de sus mares; el color ocre de la franja izquierda su tierra virgen; y la franja escarlata de la derecha sintetiza la belleza de sus incomparables crepúsculos. La concha del centro recuerda la fabulosa riqueza de sus perlas”*.

Hace una semana escasa el maestro Arjona tuvo la amabilidad de enviarme una valiosa fotografía del escudo de armas de Baja California que aparece en una de los muros de la Secretaría de Educación Pública, en la ciudad de México. Fue pintado en 1923 por los ayudantes de Diego Rivera, junto con el resto de las demás entidades de la República. Lo extraño es el dibujo del centro que todo parece menos una concha, lo cual hace pensar que los pintores no tenían la más remota idea del escudo y por eso lo inventaron. Fue por eso que el Lic. Manuel Torre Iglesias, en su **“Historia del Territorio Sur de la Baja California”**, escrita en 1956, insertó en la portada esa pintura que existe en la SEP.

Concha de Nueva Galicia, España



El origen del escudo de armas de nuestro Estado merece dilucidarse, y si en realidad no procede de la heráldica española hacer las aclaraciones pertinentes. Así, con amplitud de criterio, puede pensarse en la creación de un escudo más representativo de Baja California Sur. El ejemplo lo dio el Estado de Sinaloa el que en 1958 sustituyó el escudo que en mala hora inventaron los ayudantes del pintor Diego Rivera en 1923.

¡TACOS DE ASERRÍN, JOVEN!

En los últimos años se han multiplicado los puestos de tacos en las calles de nuestra ciudad capital. Hace cincuenta años era raro encontrar uno de estos negocios, sobre todo porque las fondas incluían en su menú esta clase de antojito mexicano. Sobre la calle 5 de mayo, esquina con la Revolución, el restaurante del “*güero Wilson*” vendía unos taquitos dorados de carne *requetesabrosos* —palabra de estudiante—y no se diga los que ofrecía Cándido rellenos de pescado, sesos o carne deshebrada.

Cándido era un vendedor ambulante, con su bandeja colocada sobre su cabeza y en las manos al armazón de tijera. Así, cuando alguien le pedía un taco, con destreza colocaba la bandeja en la tijera y atendía al cliente. Muchas veces, porque él siempre llegaba a los mismos lugares, su mercancía se le acababa en un dos por tres. De Cándido ahora sólo queda el recuerdo y más aún porque cuando tenía tiempo se daba una vuelta por el billar de don Conrado donde ya tenía contrincantes para el “nueve”

Han pasado muchos años desde esa época, pero el gusto por los tacos no se acaba. Los hay de todas clases: de barbacoa, al pastor, de camarón y pescado, de birria, de chicharrón, y si es de los exquisitos de lengua sesos y tripitas de res. Tacos para todos los gustos y por la cantidad que quiera el cliente, siempre y cuando el bolsillo aguante. Porque no me va a dejar mentir,

hay individuos que se comen entre diez y doce tacos y de pilón se toman uno o dos refrescos embotellados.

Claro, algunas anécdotas sobre personas de “buen diente” son muy conocidas. Ahí está el caso del rancharo conocido como “panza de león”, el cual en una ocasión lo invitaron a una tamalada y el anfitrión puso a su disposición un balde lleno de tamales de puerco. El rancharo se sentó en cuclillas a un lado del recipiente y en tanto que canta un gallo se zampó todos, dejando un reguero de hojas. Jura el señor que lo invitó que eran cincuenta tamales de regular tamaño.

Y hablando del mismo tema, hace unos días al pasar por la calle Belisario Domínguez, frente al Teatro Juárez, me detuve a saborear un taco de aserrín en uno de los dos puestos establecidos ahí hace muchos años. Mientras lo saboreaba, me fijé en el letrero impreso en unos de los costados del puesto explicando que desde el año de 1951 funciona en ese lugar y siempre vendiendo tacos de pescado. Lo de aserrín le viene porque es carne desmenuzada finamente lo que es una ventaja para las personas que tienen mala digestión o mala dentadura (se los puede comer como si fuera papilla).

Platica Josué, el que atiende el negocio que su papá, don Samuel Martínez Hernández, llegó a La Paz en el año de 1941, formando parte del 5º batallón de Infantería. Cuando se retiró del servicio activo tuvo que desempeñar diversos trabajos con el fin de mantener a su numerosa familia —14 hijos y su esposa. Una noche tuvo un sueño. En él se le apareció una persona desconocida que le dijo mandara construir un carrito

de madera —incluso le dio los detalles— y que se pusiera en una de las calles de la ciudad a vender tacos de pescado.

Al día siguiente lo comentó con su familia y claro, como ellos venían de Zacatecas, los peces no los conocían ni en pintura *continás* vivir de ellos. De todas maneras el señor Israel de la Toba —uno de los mejores carpinteros que todavía viven— le construyó el carrito con ruedas y todo y un día del año de 1948 —uno más uno menos— hete aquí a don Samuel ofreciendo sus tacos a los pobladores de La Paz. De entrada los hizo sabrosos porque hasta la fecha, después de cincuenta años, todavía los buenos gourmets los siguen prefiriendo.



Puesto de tacos de aserrín, en la calle Belisario Domínguez

Don Samuel, tiene ahora 90 años, sigue creyendo en los sueños. Con uno de ellos aseguró el porvenir de su familia, aun cuando la cercanía con Dios de seguro contribuyó a ello, ya que sus hijos fueron bautizados con nombres bíblicos: Josué, Nohemí, Rebeca, Ruth...

LA JURA DE LA INDEPENDENCIA EN BAJA CALIFORNIA

Aun cuando el movimiento de la independencia de México pasó hasta cierto punto desapercibido por los habitantes de la península bajacaliforniana, debido a su aislamiento y la escasa población de ese entonces, lo cierto es que para el año de 1822 las poblaciones de San José del Cabo, San Antonio, Loreto y La Frontera, habían realizado la jura de la independencia con todo el protocolo que exigía ese acto. Desde luego, debemos aclarar que en el resto de la República, los juramentos se iniciaron desde el mes de septiembre de 1821, coincidiendo con la entrada de Agustín de Iturbide y el Ejército Trigarante a la ciudad de México.

En la Baja California, la jura de la independencia tiene una historia peculiar, rodeada de interesantes anécdotas, entre las que se incluye la presencia de dos buques de la armada chilena y los supuestos peligros que entrañaban para los habitantes de la región. Lo que no sabían es que esos buques formaban parte de la flota al mando del almirante Thomas Cochrane, quien tenía la misión de apoyar la independencia de México persiguiendo y capturando barcos españoles.

Con ese propósito, en el mes de febrero de 1822, llegó el buque “Independence” a San José del Cabo, al mando del comodoro William Wilkinson y desde allí divisaron una nave enemiga mar adentro. Decidieron atacarla y para sorprenderla, —no fuera a ser el día-

blo— cubrieron sus cañones con lonas e izaron la bandera inglesa para simular que era un mercante con rumbo a Asia. Cuando estaban a poca distancia izaron la bandera estrellada de Chile y descubrieron ocho cañones que apuntaban al bergantín, causando el pánico de los tripulantes, muchos de los cuales se arrojaron al mar. No era para menos, dada la fama de la armada de ese país.

“El Araucano” fue otro de los barcos que envió Cochrane a la Baja California al mando del capitán Simpson y éste, por instrucciones del comodoro Wilkinson, se dirigió a la población de Loreto con el objetivo de comprar provisiones, sobre todo carne para beneficiarla y convertirla en “charqui”, un platillo típico de Chile. A su arribo al pueblo mandó detener al gobernador Arguello y saquearon su casa, ya que lo consideraban como autoridad española.

Simpson dejó a una parte de la tripulación en Loreto con el encargo de preparar el “charqui” mientras se dirigía a Guaymas en busca de más provisiones. A su regreso encontró que la rivalidad entre sus marineros y los pobladores se había acrecentado a tal grado que éstos tuvieron que huir al pueblo de Comondú. La llegada del otro barco, el “Independence” puso fin al conflicto y dio oportunidad para que el Alférez José María Mata, ante la presencia de Wilkinson y Simpson, proclamara la independencia el 7 de marzo de 1822.

Según la versión de algunos historiadores, el 25 de febrero de ese año, se efectuó la jura de la independencia en el pueblo de San Antonio por Fernando de la Toba, comandante de las armas en la región sur. Lo mismo hizo en San José del Cabo en los primeros días

del mes de marzo. Los dos actos fueron motivados por la presencia de los barcos chilenos.

La última jura considerada como oficial fue la que realizó Agustín Fernández de San Vicente, representante del gobierno de Iturbide, el 7 de julio de 1822, en el pueblo de Loreto, según consta en el acta que se levantó con ese motivo. San Vicente aprovechó también su estancia en el lugar para instalar el ayuntamiento que quedó integrado por las siguientes personas: Alcalde, Juan Higuera; Primer Regidor, Anastasio Arce; Segundo Regidor, Enrique Cota; Síndico Procurador, Luis Cuevas.

Por lo que respecta a la región conocida como La Frontera —hoy el Estado de Baja California— el juramento de la independencia se llevó a cabo el 16 de mayo de 1822, por el teniente José Manuel Ruiz, en el poblado de San Vicente.

Así terminaron los actos de adhesión al nuevo país, en tanto que los barcos de Thomas Cochrane, causantes indirectos de las juras de la independencia, regresaron a Valparaíso a fines de junio de ese mismo año. Como recuerdo de su presencia queda en Baja California Sur, el hotel EL Chileno, en el corredor turístico de Los Cabos.

LOS PORTALES DE LA CIUDAD DE LA PAZ

Sobre la calle 5 de mayo, entre las calles Francisco I Madero y Revolución de 190, frente al Jardín Velasco, se localizan Los Portales, así llamados porque son 10 columnas de piedra cantera separadas por arcos de ladrillo que soportan la estructura superior del edificio. Siete de esos arcos están sobre la calle 5 de mayo y los otros cinco sobre la calle Madero.

Fue por los años cuarenta del siglo pasado cuando se construyeron por el ing. Ignacio del Río, con el propósito de la ciudad de La Paz contara con un edificio colonial como las hay en muchas partes del centro de la República. Antes de 1942 en ese lugar existían varios comercios entre ellos la tienda El Coromuel, el Salón Montecarlo, la Fonda de Don Polo, la tienda de abarrotes y panadería de Luis Dibeni.

Cuando se terminaron Los Portales, uno de los primeros comercios que se estableció en la esquina de 5 de mayo y Madero fue el Mercado SOLE del señor Fenech, Después se instalaron otros como Juguetilandia y la agencia de los muebles para oficina H. Steel del señor Jaime Tuchamn. En algún tiempo se pretendió incluso establecer un ring de boxeo patrocinado por el señor Rodolfo Mena.

Con el paso de los años parte de los Portales han sido modificados y actualmente la mitad de ellos están forman parte de estructuras comerciales, que han ocupado los espacios que deberían destinarse a zona peatonal y de recreo. En la esquina que forma el cruce de

las calles 5 de mayo y Revolución se encuentra la tienda Milano que no forma parte de Los Portales.



Edificio Los Portales, en la avenida 5 de Mayo.

CABO SAN LUCAS EN LA HISTORIA BAJACALIFORNIANA

En 1980, los historiadores Michael Mathes y Andrés Cota Sandoval, publicaron un libro al que titularon “Importancia de Cabo San Lucas”, y en él afirman que este lugar fue descubierto la primera vez por los expedicionarios de Hernán Cortés durante su viaje a California, en 1535. En los años siguientes, otros navegantes llegaron a esa parte de la península, aunque fue Juan Rodríguez Cabrillo quien en 1542 hizo referencia de ese lugar como “Puerto de San Lucas”. Posteriormente, en 1596, Sebastián Vizcaíno permaneció en el Cabo durante siete días, lo que le permitió describir esa región y sus habitantes.

Los pobladores de la antigua “Yenecamú” fueron los pericués, una tribu indígena que llegó del norte por el continente americano, antes de los otros grupos conocidos como los guaycuras y los cochimíes, quienes ocuparon el resto de la península. Vizcaíno describe a los pericués como “*gente bestial y bárbara...y con un lenguaje tan bárbaro que más parece balido de carneros que habla de gentes...*”

Esa fue su primera impresión porque después, conociendo de su hospitalidad y de los obsequios que les hicieron, comprendió lo difícil de su sobrevivencia en esa región que describió como “*tierra arenisca, cálida, en extremo áspera, sin árboles, ni ríos, ni fuente alguna...*” A pesar de la miseria en que vivían, los peri-

cués les ofrecieron pitahayas, ciruelas silvestres, lagartos, culebras y bulbos de raíces, alimentos que testificaban su pobreza y la esterilidad de la tierra.

Sebastián Vizcaíno volvió a Cabo San Lucas en 1602 acompañado del fraile Antonio de la Ascensión y fue éste quien continuó con la descripción de la región y de sus pobladores. Entre los años de 1629 y 1633, Fray Antonio expuso la importancia de California y recomendó la colonización en el Cabo, con el establecimiento de una misión carmelita y la fundación de un pueblo civil. En su exposición de motivos decía:

“La primera población se puede hacer en el Cabo San Lucas y Punta de California que es puerto acomodado y más cercano, pues desde las islas de Mazatlán hasta allí hay 50 leguas de travesía desde el mar roxo; está allí una buena bahía que hace buen puerto (San Bernabé) y hay allí muchos indios pacíficos y mansos...”

Aunque las sugerencias de Fray Antonio no fueron tomadas en cuenta, las expediciones a la península continuaron, entre ellas de las de Francisco de Ortega y Pedro Porter de Casanate, y todos ellos coincidieron que Cabo San Lucas era el lugar ideal para la proyectada colonización de California. Sin embargo, todavía hasta el año de 1700 la región permaneció despoblada, no obstante que ya se habían fundado las primeras misiones jesuitas en Loreto y San Javier.

Cuando se trata de conocer la historia de Cabo San Lucas, es indispensable leer las descripciones que sobre ese lugar hizo el pirata inglés Woodes Rogers. En 1709, este aventurero al mando de los buques Duke y el Duches llegó a “Puerto Seguro” como se le conocía

también a ese lugar. Desde ahí salió para apoderarse del galeón “Nuestra Señora de la Encarnación” que venía de Filipinas con un valioso cargamento de mercancías. Las noticias de esta parte del mundo sirvieron también para que otro corsario, George Shelvocke, llegara a Cabo San Lucas en 1721. Este también escribió detalladas observaciones de la región y sus moradores, con tal objetividad que merecen conocerse.

En el año de 1721, la colonización jesuítica llegó a la tierra de los pericúes con la fundación de la misión de Santiago de los Coras en el mes de agosto de ese año y ya, en 1730, la segunda misión llamada Estero de las Palmas, en San José del Cabo. Y aunque se establecieron varios pueblos de “visita”, por razones que se ignoran no se tomó en cuenta a Cabo San Lucas.

II

En 1825, un año después de la promulgación de la Constitución Mexicana, el jefe político José María de Echeandía procedió a dividir la Baja California en cuatro municipios que fueron Cabo San Lucas, Loreto, Santa Gertrudis y San Pedro Mártir, cada uno con su respectivo ayuntamiento. Aunque posteriormente San José del Cabo fue designado municipio en lugar del primero, lo cierto es que San Lucas se incluyó por primera vez en la división política de la República.

La división municipal en la Baja California se oficializó a partir de 1837 cuando se estableció un Distrito con tres Partidos y éstos conformados por los municipios de La Paz, San Antonio, Todos Santos, Loreto,

San José del Cabo y Santiago. En 1850 se agregaron los de Mulegé y Santo Tomás de la Frontera. Por su parte, Cabo San Lucas desde esa época formó parte del municipio de San José del Cabo.

A finales del siglo XIX (1895), la población del municipio josefino era de 4,636 habitantes, de los que Cabo San Lucas tenía 208, población inferior a la que tenían Santa Rosa, Santa Anita y La Candelaria. En ese año la villa de San José contaba con 1,091 personas. El dato anterior nos da una idea de la poca importancia que se le concedía a San Lucas que no pasaba de ser una aldea perdida en el “*finisterra*” de la península.

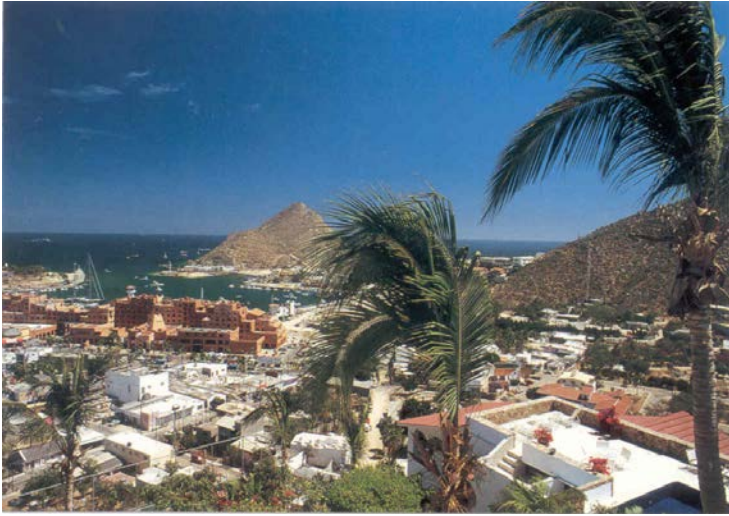
Pero los movimientos revolucionarios de 1910 a 1913 vinieron a cambiar las cosas, dado que la presencia de Baja California Sur en el conflicto armado permitió una mejor atención de parte del gobierno central. Y entonces se dieron cuenta que los mexicanos de esta olvidada región de la Patria, siempre dieron pruebas de su gran espíritu nacionalista al participar en la guerra contra los Estados Unidos, en 1847 y 1848, y en su oposición al gobierno de Maximiliano en los años de 1862 a 1867.

De los patriotas sureños que defendieron nuestra soberanía destaca con méritos propios Ildefonso Cipriano Green Ceseña, sanluqueño de origen, cuyos restos se encuentran en la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres de la ciudad de La Paz. Otros más cuyos nombres se han perdido hicieron acto de presencia en los acontecimientos de nuestra vida independiente.

Cabo San Lucas inicia su progreso cuando el señor Julio Gómez Ritchie, en los años veinte del siglo pasado, construyó el primer camino de brecha entre

San José y San Lucas, el mismo por donde hoy se extiende la carretera transpeninsular. También en esa misma época se estableció la Compañía de Productos Marinos, la que durante cincuenta años generó el crecimiento económico y poblacional de este último lugar. En 1925, el barco-fábrica "Calmex" se instaló en ese lugar dando origen a la primera planta enlatadora de atún en México. Esta planta flotante propiedad de los hermanos Carlos, Luis y Enrique Bernstein Riveroll, dio por resultado que en 1929 se construyera una empaedora de atún ubicada en el extremo oeste de la bahía.

Así, con la industria atunera como eje de su desarrollo, San Lucas diversificó sus actividades en los ramos de la ganadería, el comercio y la pesca. Se inició la comunicación con los Estados de Sonora, Sinaloa, Jalisco y Colima y, desde luego, con San José del Cabo y La Paz. La población que en los años veinte apenas llegaba a los 500 habitantes aumentó a 2,000 en 1970 dando pie para la urbanización del lugar con los servicios públicos más indispensables.



Panorámica de Cabo San Lucas (Cortesía de Francisco Arámburo S.)

Contribuyó al progreso de Cabo San Lucas la inauguración, el 1º de junio de 1974, del servicio del transbordador “Puerto Vallarta” que inició la ruta entre estas dos poblaciones. Con esta importante vía de comunicación, la región de los Cabos se fue convirtiendo en una zona turística y el “Arco” se hizo famoso en todo el mundo. Pero habrían de pasar otros años más para que FONATUR convirtiera esta zona en uno de los destinos turísticos más importantes de nuestro país.

CUBA, LA BELLA

Hacía ya tiempo y entre semana, que no había visto tantas personas reunidas en el jardín Velasco y eso a pesar de que soplaba un vientecillo fresco que obligó al uso de ropas de invierno. Y todo con tal de escuchar a un grupo musical de Cuba que se hacen llamar “Jóvenes clásicos del Son” los que, durante una hora deleitaron —y pusieron a bailar— a gran parte del público presente.

No cabe duda que la música cubana es contagiosa, porque los paceños un tanto apáticos para estos espectáculos, respondieron con entusiasmo las interpretaciones de este magnífico conjunto, premiándolos con aplausos y voces de alegría. Ahí vimos niños, muchos jóvenes, adultos y personas de la tercera edad, unos sentados y la mayoría de pie, escuchando atentos la música de esa isla caribeña, tan ligada a los sentimientos de los mexicanos.

Llamó la atención como en cada uno de los intermedios el conductor del grupo hacía alusión a su nacionalidad y las ligas emocionales que los ligan a nuestro pueblo. En una ocasión se refirió a Martí, el héroe cubano y poeta de reconocimiento universal, sacrificado en aras de la libertad de ese país. En otra, elogió a los mexicanos y, en especial, a los de Baja California —sin el Sur— y a los habitantes de La Paz, por su reconocimiento a Cuba y a su música.

De años atrás el nombre de ese país guarda un lugar especial en Sudcalifornia. En La Paz, por ejemplo, existió a mediados del siglo pasado un barrio conocido como “La isla de Cuba” localizado entre las calles 16 de septiembre y Guillermo Prieto. En una de las esquinas estaba una tienda propiedad de un cubano que se llamó Marcos Pardo Uribe y toda persona que buscaba alguna cosa le decían: “en la isla de Cuba puede encontrarla”.

Por otro lado, en la población de Todos Santos era tradicional que en la época de la molienda de la caña, además de las melcochas, alfeñiques y el sabroso guarapo, se elaboraran unas panochas de regular tamaño que eran conocidas como “cubanas”, de delicioso sabor. El porqué del nombre ya se lo imaginará. Pero además, en Puerto Adolfo López Mateos, en el municipio de Comondú, existe una escuela primaria que lleva el nombre de “República de Cuba” fundada en el año de 1968. Y allá, en el poblado de La Purísima existe un barrio conocido como Cuba, aunque su nombre es Carambucho. Cuando estaba en su apogeo la revolución cubana con el comandante Fidel Castro al frente, en ese lugar vivía un tío del profesor Félix Mario Higuera Arce llamado Basilio Higuera Higuera quien tenía como característica una larga y abundante barba como Fidel, y por eso a ese barrio se le conoció como Cuba.

Cuba siempre nos trae recuerdos agradables sobre todo por su música y su poesía, aunque también tiene sucesos que tienen que ver con su independencia y soberanía que nos hacen pensar en José Martí, en Fidel Castro y el Che Guevara. En sus renovados esfuerzos por lograr el progreso de su pueblo en todos los

órdenes como la educación y el deporte en los que ocupan primeros lugares en Latinoamérica.

Por eso, antenoche que escuchábamos a ese grupo de jóvenes cubanos interpretar los sones que han hecho famosa la música de la isla, además de los otros géneros más conocidos como el changüí, el bolero y la guaracha, y observar a los cientos de personas que asistieron al espectáculo, no puede menos que pensar en la fuerza que tiene la música como vínculo que enlaza los corazones y como sembradora de amistad entre todos los seres humanos.

Por supuesto, es un acierto de las autoridades culturales y educativas y de la iniciativa privada haber promocionado esta clase de eventos artísticos, aprovechando el reciente Festival Internacional Cervantino que tuvo lugar en la ciudad de Guanajuato.

Tanto el grupo " Jóvenes clásicos del Son", como el Trío San Telmo, de Argentina y el grupo de música Ficta, de Colombia, representan lo mejor de la música clásica y popular de América Latina. Por eso también debemos esperar que grupos musicales de esta naturaleza se presenten más seguido en nuestra ciudad, porque sus habitantes se han distinguido siempre por su gusto por las artes y la cultura de calidad.

LAS PERLAS DE CALIFORNIA

Gastón J. Vives Gourieux fue un hombre visionario que siempre creyó en la explotación de las perlas como el mejor medio para lograr el mejoramiento económico de los habitantes de la Baja California. El establecimiento de su Compañía Criadora de Concha y Perla, cuyas instalaciones se encontraban en la Isla Espíritu Santo, era una prueba de la verdad de sus opiniones.

El año entrante se cumplirán 100 años de la creación de la CCCP como se conocía a la compañía, y en todo este largo tiempo esta industria ha sido olvidada a pesar de los fundamentos tan positivos que presenta. En la actualidad, al igual que hace un siglo, la perlicultura basada en el cultivo masivo de madreperla y concha nácar, es una industria de mayor rentabilidad en el mundo. Al menos así lo demuestra el mercado perlífero mundial donde Japón, China, Australia, Hong Kong y la Polinesia son los principales exportadores.

Afortunadamente el interés por el cultivo de las perlas en nuestro Estado ha sido retomado por dos grupos de investigadores que ya dominan la técnica para su explotación e incluso ya han obtenido los primeros resultados. Para ello se han valido de las experiencias de don Gastón J. Vives en la isla Espíritu Santo y de la numerosa bibliografía que existe relacionada con esta industria. Apoyados por la UABCS y por el CIBNOR, estos investigadores se han echado a cuestras

la tarea de establecer y promover las primeras granjas marinas para el cultivo de las ostras perleras.

El doctor Mario Monteforte afirma que la bahía de La Paz posee un excelente potencial acuícola gracias a la existencia de numerosos sitios para la instalación de cultivos marinos como por ejemplo la almeja catarina, la almeja mano de león, la almeja burra y, desde luego, las ostras perleras *Pinctada mazatlanica* (madreperla de Calafia) y *Pteria sterna* (Concha nácar arcoiris).

Por su lado, la doctora Micheline Cariño Olvera se ha convertido en la mejor propagandista de esta industria a través de sus numerosos estudios e investigaciones. En 1998, patrocinada por el Congreso del Estado, publicó un libro sobre la vida y legado de don Gastón J. Vives, el primer maricultor de América. En esa obra incluye un manuscrito inédito de esta persona escrito unos pocos años antes de su muerte —1939— que él denominó **“El porvenir de la Baja California está en sus mares”**.

Dice don Gastón que el cultivo industrial de la madreperla consiste en recolectar sus huevos, fomentar la fecundación de éstos, facilitar el desarrollo de las larvas derivadas de los huevos, y el desarrollo de las crías en unos aparatos especiales que se denominan “incubadoras”, que se colocan en el fondo del mar bajo determinadas circunstancias. A los tres meses de nacidas las crías, se recogen las incubadoras y se siembran esas crías en unos depósitos o viveros de agua corriente, donde pasan su adolescencia, al abrigo de los ataques de sus numerosos enemigos. A los seis meses se trasplantan las crías en mar libre y a los dos años,

cuando la mayor parte de las conchas sembradas han adquirido el tamaño adulto se procede a su cosecha.

El complemento del proceso indicado por el señor Vives lo están realizando los países dedicados a la industria de las perlas cultivadas conocidas como *Mabé* o media perla, la cual se logra implantando núcleos en las ostras mediante operaciones de microcirugía. Con este sistema es posible producir de dos a tres perlas por ostra.

De acuerdo con un proyecto de inversión presentado por el doctor Monteforte, en la bahía de La Paz se pueden instalar entre 80 y 90 granjas perleras, cada una manejando 10 mil ostras adultas anuales y una producción potencial de 25 mil a 30 mil Mabés en promedio. A partir del cuarto o quinto año cada granja obtendría ingresos por un poco más de medio millón de dólares.

II

La pesca de las ostras perleras forma parte de la historia económica de Baja California desde el año de 1533 en que la península fue descubierta por el navegante español Fortún Jiménez. De muchos es sabido que al desembarcar en las playas de la bahía de La Paz lo primero que hizo fue buscar las codiciadas perlas las cuales, según tenía referencias, las había en abundancia.

Después del descubrimiento, una larga lista de exploradores arribaron a la península con el propósito

de conocer sus características geográficas pero también en busca de sus supuestas riquezas. Durante 150 años diversas expediciones recorrieron la región llegando incluso hasta los límites de lo que hoy es la ciudad de San Francisco en los Estados Unidos. Hernán Cortés, Francisco de Ulloa, Juan Rodríguez Cabrillo, Sebastián Vizcaíno y el almirante Isidro de Atondo y Antillón fueron algunos de esos navegantes que dieron a conocer al mundo la nueva tierra descubierta, aunque no conquistada del todo.

No fue sino hasta 1697 cuando los misioneros jesuitas lograron erradicarse en la península, para fundar las misiones que todavía hoy en día son testigos de su permanencia en esta tierra. Pero la pesca de perlas continuó pese a las negativas de los padres, creando empresas como la de Manuel de Ocio que formó un emporio con la explotación de este molusco.

A fines del siglo XIX y principios del XX el negocio de las perlas constituía un importante factor de la economía bajacaliforniana y, en especial, de la ciudad de La Paz. Aquí se otorgaron varias concesiones para explotar ese recurso en el golfo de California, entre ellas la Compañía Perlífera de la Baja California la que en 1889 ocupaba entre 400 y 500 trabajadores por año. Las perlas eran vendidas en Europa al igual que las conchas las cuales tenían una gran demanda.

En mi artículo anterior me referí a la Compañía que formó el señor Gastón J. Vives en 1903 y cuyos criaderos fueron destruidos durante el movimiento revolucionario de 1914. Cuando desapareció la empresa, ésta ocupaba cerca de 500 personas en el mantenimiento de la Estación perlífera de San Gabriel, en las

bodegas de La Paz y en las embarcaciones de la compañía. En ese año en la isla Espíritu Santo se habían sembrado un poco más de cuatro millones de ostras de las cuales la mitad eran adultas y con altas probabilidades de contener las preciadas perlas. Además se tenían otros cuatro millones de crías listas para sembrarse en las ensenadas de la isla.

De 1914 al 2002 han transcurrido ochenta y ocho años y es hasta ahora cuando se vuelve a pensar en el cultivo de la ostra perlera como un proyecto viable que asegure el desarrollo económico del Estado. El gobierno de la entidad tiene el firme propósito de apoyar esta industria tal como lo ha hecho con otras dedicadas a la acuicultura. Con su respaldo y la asesoría técnica de los investigadores de la Universidad y del CIBNOR, ya existe en nuestra ciudad una empresa que cultiva y vende joyería fina de oro y plata con Mabés de Concha Nácar.

La empresa, registrada con el nombre de Perlas del Cortez, S. de R.L. M.I., tiene como propietaria a la señora Zulema Puig Amarillas y en su volante publicitario explica que todas las perlas Mabés son auténticas piezas originales de Baja California Sur, ya que los cultivos se encuentra en la extraordinaria bahía de La Paz. Desde luego esta naciente industria ha requerido de una costosa inversión aplicada al cultivo de las ostras y al montaje de ellas en joyería de oro y plata. Pero ese esfuerzo está empezando a dar resultado. Centros comerciales tan importantes como Sanborns ya están adquiriendo el producto y se prevé abrir el mercado a los Estados Unidos.

Estamos seguros que el ejemplo de la empresa Perlas del Cortés alentará a muchos inversionistas para instalar otras granjas similares y así, en pocos años, la perlicultura será una de las industrias más rentables, a lo mejor la primera, elevando el nivel económico de los sudcalifornianos.



Las perlas de California.

Y entonces sí, aunque con un retraso de cien años, podremos afirmar como antaño lo hiciera Gastón J. Vives: “El porvenir de la Baja California está en sus mares...”

LA HUERTA DE CORNEJO Y OTRAS HISTORIAS

La actividad comercial se ha incrementado en este último año en la ciudad de La Paz. Primero el centro comercial Soriana y dentro de poco la segunda tienda Ley, que ya se construye en una manzana del centro de la ciudad que fue propiedad del señor Miguel L. Cornejo González, sobre la avenida 5 de Mayo, a la altura de la escuela primaria Simón Bolívar.

Durante muchos años esa manzana estuvo protegida por una barda de ladrillo de unos tres metros de altura que impedía ver lo que había en su interior. Por el lado de la calle Héroe de la Independencia existía un amplio portón que siempre permanecía cerrado, así es que los transeúntes, sobre todo los niños y los jóvenes ignoraban en que se utilizaba tanto terreno.

Allá por los años treinta del siglo pasado, cuando los años eran “muy llovedores”, existían varias huertas frutales en nuestra ciudad, pero las más conocidas eran las de la familia Cabezud, la de los Cuatro Molinos y la huerta de las Tullerías, sobre la calle 5 de mayo. En esta última que ocupaba la manzana a que hacemos referencia, se producían mangos, naranjas, limones, guayabas, y como en ese entonces no se había construido la barda, en épocas de cosecha los primeros en saborear las frutas eran los chamacos del barrio—y uno que otro adulto—quienes saltándose el cerco, se apoderaban furtivamente de lo mejor de la producción. Dicen que ni los mangos “poposagua” perdonaban.

Desde luego a varios de los incursionistas no les iba muy bien, sobre todo si eran sorprendidos por el dueño, quien después de una regañada y uno que otro coscorrón, les decía: —“si quieren comer mi fruta vayan y cómprenla en el malecón”. Y es que el señor Cornejo —comerciante al fin— en esa temporada todos los más de los días colocaba unas mesas en la banqueta de su casa, en las que vendía las frutas de su huerta. De todas maneras los “pizcadores” seguían haciendo de las suyas.

Recuerda el profesor Alejandro Amador Amador, que la barda se comenzó a construir por el año de 1935 pues él, siendo niño, trabajaba en la huerta donde le pagaban cincuenta centavos al mes, la comida y la escuela. Ah, y además, toda la fruta que pudiera comerse.

Años después, cuando el problema del agua se agudizó, la huerta fue desapareciendo, los árboles frutales languidecieron y poco a poco murieron. Lo mismo pasó con las otras huertas, entre ellas la de los Cuatro Molinos, llamada así por que ocupaba cuatro manzanas y en cada una había un molino de viento. Para no desperdiciar el terreno, el señor Cornejo acondicionó un establo el que por varios años surtió a los habitantes de La Paz de leche, quesos y mantequilla.

Don Miguel L. Cornejo es descendiente de una familia de comerciantes, pero también de políticos. Su padre, Miguel L. Cornejo Romero, fue jefe político del Distrito Sur de la Baja California en el año de 1914, apoyado por el Primer Jefe del gobierno constitucionalista, Venustiano Carranza. Como empresario en el negocio

de las perlas compitió con otros armadores como Antonio Ruffo, Manuel Hidalgo y Gastón J. Vives. Por cierto, con este último tuvo diferencias por motivos comerciales que terminaron en un pleito callejero en el que Vives llevó la peor parte, ya que el primero se lo descontó sin decir agua va. Quizá por actuar con alevosía y ventaja, Cornejo fue sentenciado a seis meses de prisión por el delito de lesiones.



La tienda Ley, en la avenida 5 de Mayo.

Pero la cosa no quedó ahí. Meses después, cuando se inició la revolución contra el dictador Victoriano Huerta, las fuerzas de Cornejo que apoyaban a Carranza llegaron a La Paz y al primero que persiguieron fue a Gastón J. Vives —de filiación porfirista— destruyéndole sus viveros de concha madre perla que tenía en la isla Espíritu Santo.

Recuerdos de nuestra ciudad que tienen que relatarse para que formen parte de la memoria histórica de sus habitantes.

LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ

Con motivo de la próxima remodelación del centro histórico de nuestra ciudad, uno de los promotores preguntó la fecha o la época en que la virgen de La Paz fue reconocida como patrona de este lugar, dado que cuando se instaló la misión, en 1720, la virgen que se veneraba era Nuestra Señora del Pilar.

En efecto, fue en el periodo jesuítico —1697-1776— cuando los padres Jaime Bravo y Juan de Ugarte fundaron la misión de La Paz, el 4 de noviembre de 1720, con el fin de atender a los grupos aborígenes de los guaycuras y los pericúes que habitaban esta zona. Por referencias del padre Bravo se ha estimado que la iglesia y las casas de la misión fueron construidas cercanas a la playa, precisamente en la esquina que hoy forman las calles Melchor Ocampo y Zaragoza. En esta última existe una placa que rememora ese hecho religioso.

En el año de 1749, por dificultades propias en la administración de la misión y la falta de indios para catequizar, aunados a las enfermedades que hicieron estragos entre la población nativa, se determinó suspenderla y trasladar a la virgen del Pilar a la misión que se había establecido en la población de Todos Santos en 1733 y donde se veneraba a la virgen de Santa Rosa de las Palmas.

La abandonada misión de La Paz fue desapareciendo con el paso de los años, y aunque este lugar era

visitado esporádicamente por exploradores y pescadores de perlas, ninguno de ellos —al menos no hay información— hizo alusión a ella. En 1811, cuando José Espinoza se estableció en forma permanente en el lugar, recibió el encargo de cuidar “la casa de su majestad”, supuestamente una finca propiedad del gobierno virreinal. Pero en la autorización para su estancia no se hace alusión a la iglesia de la antigua misión.

Visto lo anterior, persiste la interrogante: ¿Cuándo se construyó el templo para rendirle culto a la virgen de La Paz? La única respuesta está en un documento fechado en 1835 que se refiere a “*la construcción de una iglesia dedicada a la virgen de la Paz, con el permiso de la mitra de Sonora*”. Para el efecto las autoridades eclesiásticas autorizaron que las iglesias de San Borja y Santa Gertrudis facilitaran los paramentos necesarios para tal fin.

El pueblo de La Paz, para ese año de 1835 ya contaba con cerca de 800 habitantes, participó en la recaudación de fondos y la propia autoridad municipal ordenó, en 1837, que los presos ayudaran en la obra. No se sabe con certeza el lugar donde se construyó la iglesia. Solamente se tiene la referencia de que en la parte alta de la ciudad existía “la loma de la capilla” pero ésta se encontraba al sur de la ciudad.

Existe un dibujo hecho por un militar norteamericano en 1847 donde se ubica a la iglesia a un lado de la casa del gobierno, además de la residencia del jefe político Francisco Palacios Miranda. El lugar parece el mismo donde actualmente se encuentra la catedral, frente al jardín Velasco y enseguida la llamada en ese entonces “Casa de Gobierno”

Por lo anterior podemos afirmar que fue en los años de 1837 a 1838 cuando se inició el culto a la virgen de La Paz. Después, en el año de 1850, se inició otro proyecto para construir una nueva iglesia, tal como consta en documentos que existen en el archivo histórico “Pablo L. Martínez” de esta ciudad. La primera piedra de la construcción fue colocada por el jefe político Rafael Espinoza y bendecida por el Padre Trinidad Macías. No se sabe bien a bien si la iglesia se terminó ya que en 1861, el obispo Juan Francisco Escalante y Moreno inició la construcción de la iglesia que conocemos actualmente con el nombre de Catedral de Nuestra Señora de La Paz.



Iglesia de Nuestra Señora de La Paz, en 1908

EL SUDCALIFORNIANO Y DIANA REYES

Fue noche de fiesta el viernes pasado con el sorteo anual del periódico “El Sudcaliforniano”, no tanto por la esperanza de obtener el premio mayor consistente en un automóvil nuevo, sino más bien —ese fue mi caso— por escuchar y admirar a la cantante de nuestra tierra Diana Reyes. Como llegamos temprano, mi esposa y yo ocupamos la segunda fila de las butacas, por lo que pudimos presenciar de cerca el desarrollo del programa.

Como esperaba, la actuación de Diana fue extraordinaria, interpretando las melodías que la han hecho popular como La Taza de Café, La Socia y La Reina. Y como complemento otras más incluidas en sus tres discos publicados, muchas de ellas dadas a conocer ya por Chayito Valdez. Diana domina muy bien el escenario, baila y se comunica con el público, demostrando la experiencia que ha adquirido en estos años de presencia en el mundo del espectáculo.

Como sucede en muchos casos, por momentos me parecía estar escuchando a otras cantantes mexicanas famosas dado su estilo bravío y vibrante voz que no desmerece ante las demás. Fue un acierto de ella y de sus patrocinadores haber dedicado su primer disco a Chayito Valdez, y de interpretar sus canciones que la hicieron famosa como Tres veces te engañé y Besos y copas. Pero ya con estilo propio Diana se está distinguiendo por sus interpelaciones al sexo masculino, al

igual que lo hacen Lupita D'Alessio y Paquita la del Barrio. Pero a diferencia de ellas, mientras estas dos cantan a medio tono, nuestra paisana lo hace con voz resonante, con la altivez que le da su condición de mujer.

Hace muchos años —cuarenta por lo menos— que no teníamos una artista con reconocimiento nacional en lo que al canto se refiere. Allá por las décadas de los cincuenta y los sesenta, el dueto de las “Hermanitas Flores” —Aurora y Balvina— difundieron con sus hermosas voces las canciones sudcalifornianas como Paraíso Oculto, Costa Azul, Puerto de Ilusión y Golondrinas de La Paz, esta última del compositor mexicano Tomás Méndez.



La cantante sudcaliforniana Diana Reyes

Aunque no coincidimos con la idea de que “todo tiempo pasado fue mejor”, si debemos considerar que nuestras canciones merecen que se les re-

cuerde por las artistas actuales. Existe mucha producción sudcaliforniana entre corridos, boleros y canciones rancheras que pueden ser aprovechadas e incluso darles nuevas interpretaciones. Aunque no es el estilo de Diana, nos gustaría que incluyera en su repertorio varias melodías de nuestra cultura musical.

Hace unos días saludé a Mirna Trasviña, una cantante de hermosa voz, quien últimamente ha obtenido triunfos en varios certámenes artísticos. Ella, como Diana y las Hermanas Flores, empezó a cantar siendo niña y poco a poco fue adquiriendo la experiencia necesaria y hoy su presencia es inconfundible. Con un estilo propio interpreta canciones de autoría y de compositores nacionales. Ahora, con motivo de la promoción de Televisión Azteca, en su concurso “La academia”, le pregunté: —Oye Mirna, ¿por qué no buscas la oportunidad de participar en ese concurso?

Ella, como otros valores que tenemos en nuestro Estado, deben buscar la manera de proyectarse, tal como lo hizo y lo está haciendo Diana Reyes, una mujer que nació para cantar. Nuestra felicitación para El Sudcaliforniano por su segundo sorteo, y aunque no me saqué ningún premio, con la sola presencia de mi paisana me di por bien servido.

JOSÉ MATÍAS MORENO, UN PATRIOTA SUDCALIFORNIANO

En el libro “Conflicts of Interest”, cuya autora es la loretana María Amparo Ruiz de Burton, se incluyen varias cartas que ésta le envió a José Matías Moreno, el personaje que tuvo una actuación destacada en las luchas contra la intervención norteamericana a Baja California, en los años de 1847 y 1848.

Aparece también en el libro —gracias a doña Carmen Boone por el obsequio— una breve biografía de Moreno, sobre todo de su estancia en California después que esta región fue anexada a los Estados Unidos. Lo anterior me hizo recordar una investigación realizada por la Universidad Autónoma de Baja California en 1984, referente a un documento escrito por este personaje con la descripción del Partido Norte, en 1861. En la introducción del folleto publicado, el Maestro en Historia Jorge Martínez Zepeda incluye los datos biográficos más importantes de este patriota sudcaliforniano.

José Matías Moreno nació en 1818 en el pueblo minero de San Antonio y fue hijo de Joseph Brown y la señora Dolores Carrillo. Su padre era un ballenero inglés que llegó a Cabo San Lucas y al naturalizarse mexicano adoptó el nombre de José Matías Moreno.

Huérfano de padre cuando tenía escasos dos años de edad y ante la precaria situación de la familia, su madre lo puso bajo la protección del padre Gabriel González, quien era en ese entonces Presidente de las

Misiones de la Baja California, con residencia en el pueblo de Todos Santos. La influencia de este sacerdote fue muy significativa ya que después juntos participaron en la vida política de la entidad.

En 1842, el padre González y otros seguidores, entre ellos José Matías Moreno y Manuel Márquez de León, se levantaron en armas contra el jefe político Luis del Castillo Negrete, a quien acusaban de pretender expropiar las tierras de las misiones. Vencidos en sus pretensiones, tanto el padre como sus partidarios fueron detenidos y enviados a Mazatlán. Moreno formó parte de ese grupo.

Al quedar en libertad, en 1843 se va a radicar a San Diego, en la Alta California, lugar donde comienza a relacionarse con personas importantes de la región, entre ellas el gobernador Pío Pico, quien los designa secretario general de gobierno. Estando en esa comisión tuvo lugar la invasión norteamericana, por lo que tanto el gobernador como él tuvieron que salir de la región, para buscar ayuda y formas de combatirla. Como no recibieron apoyo del gobierno mexicano, Moreno se dirigió a la Baja California donde se puso a las órdenes del capitán Manuel Pineda, quien ya se preparaba para la defensa de la región.

Al frente de la Guerrilla Guadalupana de Comondú combatió contra los invasores en Mulegé, La Paz y San José del Cabo. En una proclama que dio a conocer al pueblo decía, entre otras cosas: *“Conciudadanos: dos caminos nos quedan abiertos: el americano ofrece esclavitud y oprobio; México honor y libertad. Volved los ojos a lo pasado, contemplad lo presente y no*

olvidéis en el porvenir, que México se hizo libre para vivir también libre de ninguna potencia extranjera...”

Al término de la guerra, Moreno compartió su estancia entre la Alta y la Baja California debido a que se dedicó a diversos negocios. En 1851 contrajo matrimonio en San Diego con Prudencia Vallejo López, hija de Mariano Guadalupe Vallejo, descendiente de uno de los primeros pobladores de esa región. Su muerte acaeció el 30 de noviembre de 1869, en su rancho de Guadalupe, en la Baja California.



El patriota sudcaliforniano José Matías Moreno.

Respecto a la amistad que en vida llevó con María Amparo Ruiz de Burton, la correspondencia epistolar entre ellos es interesante, porque hacen comentarios sobre la vida política de México y de Baja California Sur. En un período en que nuestro país estaba convulsionado por la

Guerra de Reforma y la intervención francesa, —1856-1862— dos mexicanos radicados en California,

Estados Unidos, sentían de cerca los sufrimientos de los mexicanos y deseaban lo mejor para ellos.

Olvidados los viejos rencores, si es que los hubo, de que la familia de María Amparo haya sido pro-norteamericana, y de que Moreno combatiera tenazmente a los invasores, la lejanía y vivir fuera de su país los identificó tal como se comprueba en la correspondencia que existió entre ellos.

UNA PROMESA CUMPLIDA

En agosto del año pasado mi familia y yo viajamos a Ciudad Insurgentes invitados por el profesor Saúl Trujillo y su esposa Mariselda, sobrina de mi esposa. El motivo era la de disfrutar de una apetitosa sopa de “chivo con aletas” acompañada por unas heladas “cheves”. Y como era una ocasión especial, sobre todo por lo difícil de conseguir carne de este animal, todos sin excepción nos dimos un atracón como para exclamar: ¡Ah, caray, la traías atrasada!

Ahí, entre taco y taco de ese sabroso quelonio, Saúl nos platicó que por el rumbo de Agua Verde tenían un ranchito al que le puso el nombre de “Playas de Trujillo” y que nos invitaba a conocerlo. Le aceptamos la oferta y es por eso que la semana pasada-miércoles a sábado- estuvimos en ese lugar, alejado de Insurgentes 87 kilómetros, 64 por la carretera rumbo a Loreto y 23 por un camino de terracería, por cierto en buen estado.

El miércoles al mediodía toda una comitiva emprendimos el viaje de Insurgentes al rancho de Saúl. Al frente, mi yerno Ramón jalando en su “bronco” una panga de 16 pies; detrás mi carro con una panga sobre su capacet y una carreta con las provisiones pegada a la parte posterior; después cuatro vehículos más, incluyendo el de la familia Trujillo Murillo.

Con excepción de Saúl ninguno de nosotros conocíamos el camino a Agua Verde, por eso, cuando nos encontramos de improviso con una cuesta sinuosa con

desfiladeros de más de cien metros de profundidad el corazón se nos fue a la garganta. Yo la bauticé como “la cuesta del silencio” porque después de la alharaca que llevábamos, de pronto todos callamos temerosos del camino que teníamos enfrente. Afortunadamente no tuvimos ningún percance y llegamos “sanos y salvos” al plan de la cuesta.

Pero todo tiene su recompensa. Al igual que sucede cuando se empieza a bajar la cuesta de Ligüí, por la carretera a Loreto, la del Silencio ofrece un panorama extraordinario de la costa con sus ensenadas, sus playas, sus islas e islotes y la tranquilidad de su mar. Y todo ello rodeado de un marco de soledad y belleza como sólo pueden darlo el golfo de California y la imponente sierra de la Giganta.

Y en ese inigualable paisaje, en el camino al poblado de Agua Verde se encuentran varios ranchos, unos sobre la sierra y otros en la costa dedicados a la explotación de la ganadería y la pesca. Son ranchos de legítima prosapia sudcaliforniana, acostumbrados a sobrevivir pese a las inclemencias del tiempo y a lo árido de su entorno. Muchos de sus pobladores son descendientes de los primeros que llegaron a estas tierras en la época de la colonia. Apellidos como los Amador, Talamantes, Meza, Ruiz y Verduzco son representativos de esas primeras familias que llegaron a la península.

Olvidaba decir que en ese viaje nos acompañaron una estimada familia procedente de Culiacán integrada por Héctor Castelo, su esposa Lety y sus dos hijos. También estuvieron con nosotros dos nietos que estudian en las universidades de Ensenada y Mexicali

los cuales, como buenos sudcalifornianos, disfrutaron plenamente de su estancia en el rancho pese al frío que hacía por las noches.

Armar un campamento para treinta personas no es cosa fácil, pero las experiencias de otras ocasiones permitieron sortear las pequeñas dificultades que se presentaron. Gracias a las tiendas de campaña, los toldos y a la sapiencia culinaria de mi hija Virginia, nuestra estancia en ese alejado lugar de la costa bajacaliforniana fue muy agradable. Pero como en esos viajes siempre se encuentra con algo novedoso, tengo que hablar del camino perdido, de las pozas de aguas termales y de los turistas gringos...

II

Cuando Saúl Trujillo habló por teléfono de ciudad Insurgentes me recomendó: *“procuren salir temprano de La Paz para poder llegar al rancho antes que suba la marea”*. El aviso me sorprendió pues tenía entendido que a ese lugar se llegaba por vía terrestre y no por mar pero, haciéndole caso, llegamos a Insurgentes al mediodía y de inmediato tomamos la carretera rumbo a Loreto hasta entroncar con el camino que llega a la comunidad de Agua Verde.

Llevando a Saúl como guía descendimos la “Cuesta del Silencio” (ver crónica anterior) y ya en el plan encontramos un paraje con varias casas que se conoce con el nombre de San Cosme. Ahí abandonamos el camino que lleva a Agua Verde y nos dirigimos a la costa distante unos doscientos metros. —¿Y ahora?,

nos preguntamos, al ver que Saúl bajaba de su carro para dirigirse a unos cantiles cercanos, seguido de cerca por nosotros. Y es que hasta allí se había acabado el camino y del rancho ni su luz.

Pero nuestro anfitrión nos sacó de la duda al decirnos: —Apenas está subiendo la marea, llegamos a tiempo —Y subiéndose a su carro nos gritó: —¡Vámonos! Él por delante se adentró en el mar y nosotros temerosos lo seguimos. Pegado a los cantiles recorrimos cerca de cien metros con el agua que cubría una parte de las llantas hasta llegar a una pequeña playa pedregosa, frente a la cual se encontraba el rancho llamado “Playas de Trujillo”

Pasada la sorpresa—y el miedo--, Saúl nos explicó:--Es que cuando está alta la marea no se puede pasar y se tienen que esperar varias horas hasta que baje--. Sus palabras me hicieron retroceder muchos años atrás cuando todavía existía el antiguo camino —no carretera— que atravesaba la península de la Baja California, de sur a norte. En muchos tramos más que camino era una brecha que serpenteaba entre las laderas de los cerros y en los cauces de los arroyos. Los viejos conductores aún recuerdan el arroyo del Frijol, donde era común que se quedaran atascados los vehículos y podían pasar días hasta que otro carro pudiera auxiliarlos.

Quienes en estos tiempos viajan por la carretera transpeninsular aún pueden observar los vestigios del antiguo camino, sobre todo en la región donde se localiza el pueblo de Mulegé y la bahía Concepción. En uno de esos lugares, los vehículos tenían que inter-

narse en el mar ya que no había otra forma de continuar con la travesía. Sesenta años después una experiencia similar la vivimos en nuestra visita al rancho de Saúl Trujillo.

Sentados cómodamente y en la mano una taza de humeante café de “talega”, y a propósito de un comentario relacionado con la intención de bañarse no obstante la frialdad del agua del mar, Saúl nos platicó que a escasos 500 metros al norte del rancho existían unas pozas de aguas termales muy visitadas por turistas norteamericanos. Las pozas no están en la playa sino que forman parte de un islote cercano a ella y a las que se puede llegar atravesando un canal de unos veinte metros de extensión, aprovechando la marea baja.

Naturalmente, de inmediato las fuimos a conocer y casi todos los integrantes del campamento se bañó en ellas. Dicen que el agua que brota de las pozas tiene propiedades medicinales. Quién sabe. Lo que si es cierto que Lety, la sobrina de mi mujer, no salía de ellas. Vaya usted a saber por qué. O los gringos que las visitan, muchos de ellos de la tercera edad.

Por cierto, al paraje de San Cosme llegan pequeños autobuses con turistas con la intención de visitar las aguas termales. Después del mediodía los veíamos pasar en fila india —ocho a diez personas— en pantalones cortos y las toallas al hombro. A veces, dada la distancia por recorrer, rentan caballos y burros para llegar al lugar, aunque casi siempre regresan caminando. Y aquí se antoja un vaticinio: esta región, desolada por sus propias características geográficas,

pronto se convertirá en una más donde los turistas extranjeros serán los beneficiarios. Ya hay uno, posesionado del predio de “El Carrizalito”, que pelea el derecho de propiedad de esa parte de tierra sudcaliforniana. Para evitarlo, lo menos que pueden hacer los ejidatarios de San José de la Noria, es seguir el ejemplo de Saúl estableciendo ranchos en los terrenos de la costa que les pertenece. Digo, si aún no los han vendido.

NO SEÑOR, SOLO TENEMOS CHORIZO DE ABULÓN

Hace unos días, con el Lic. Guadalupe Torres Sicairos director del Archivo General del Estado, estuvimos recordando los años que vivimos en el valle de Santo Domingo allá por los años cincuenta y de cómo, los primeros colonizadores sortearon múltiples dificultades a fin de hacer fructificar la tierra. La plática se inició cuando hizo alusión al libro que publiqué en el año 2000 al que titulé “**Mis recuerdos del Valle de Santo Domingo, 1950-1956**” en el que hice referencia a las familias fundadoras de las primeras colonias procedentes de diversos Estados de la República.

Como ha sucedido con otras personas, el contenido del libro le interesó porque él, en el año de 1975, tuvo la oportunidad de recorrer toda esa región en su carácter de Delegado Municipal de Comondú del Registro Nacional de Electores. Pero no solamente la zona del valle conoció sino también todo el municipio que comprendía pueblos tan alejados como La Purísima, San Isidro, San Juanico, el mismo Loreto y la parte serrana y costera, incluyendo San Luis Gonzaga y Agua Verde.

En ese año, recuerda Torres Sicairos, el presidente municipal era el contador Daniel Moska Masaki y el secretario general el Profr. Emilio Maldonado Ramos quien, por cierto, les dio todas las facilidades para llevar a cabo su trabajo de credencialización de las personas con derecho a votar. Afortunadamente eran

tiempos en que los recursos económicos del ayuntamiento eran suficientes y el apoyo de gasolina fue sin limitaciones.

De ese recorrido que hicieron por todo el municipio de Comondú, nuestro amigo guarda muy buenos recuerdos de su gente y de cómo ha podido sobreponerse a las adversas condiciones geográficas y desarrollar un estilo de vida adecuado al medio ambiente en que viven. De sus meses de estancia en la región, Torres me platicó algunas anécdotas relacionadas con sus preocupaciones por alimentarse, ya que la brigada la componían él y otras dos personas.

En uno de esos días de 1975 —relata— se dirigieron a la costa para embarcarse rumbo a Puerto Alcatraz localizado en la parte norte de la isla Margarita. En esa isla visitaron también Puerto Cortés, una guaranía de la marina nacional. Me imagino las dificultades que tuvieron que sortear hasta llegar a ese lugar sobre todo por lo agitado del mar entre la costa y el puerto. Como llegaron pasado el mediodía, lo primero que hicieron fue buscar quien les vendiera comida y preguntando aquí y allá. Alcatraz era un pequeño puerto de pescadores dieron con un señora que los atendió diciéndoles: —“Újule, señores, nosotros somos muy pobres y lo único que puedo ofrecerles es un poquito de café y chorizo de abulón...” Huelga comentar la respuesta.

Otro caso les sucedió cuando visitaron la comunidad de San Luis Gonzaga, el lugar donde el padre Juan Jacobo Baegert construyó la iglesia de la misión del mismo nombre en el año de 1751. Admirados por lo atractivo del lugar con sus edificios y la parroquia que

todavía se conserva en buen estado, los visitantes dejaron correr el tiempo hasta que las tripas se les revolieron de hambre, por lo que presurosos buscaron quien les diera de comer. En una modesta vivienda, cerca de la huerta del lugar, la dueña les contestó a sus demandas: —“ Me van a perdonar pues lo único que tengo son unos huevos de gallina. Ahora que si me aceptan una “machaquita de venado” pues se las puedo preparar... Como la respuesta fue afirmativa, ¡vaya que si no!, la señora salió al patio donde tenía un tendido de carne oreada, tomó unos buenos trozos y con rapidez los colocó sobre las brasas del fogón. Después, con unas tortillas de harina recalentadas y unos pocillos llenos de café de “talega”, los hambrientos visitantes disfrutaron de un banquete superior a los mejores restaurantes.

Pero donde si fue el colmo de las sorpresas fue en la comunidad pesquera de San Juanico, distante unos 40 kilómetros de La Purísima. Después de levantar el censo de las personas mayores de 18 años con derecho a tener su credencial de elector, y antes de continuar con su recorrido, Torres Sicairos se acercó al subdelegado municipal para preguntarle la posibilidad de que les pudieran vender un poco de abulón.

—Cómo no— les contestó la autoridad. — Acompañenme a ver al presidente de la cooperativa.

—Oye, fulano, aquí estos señores que son funcionarios del gobierno del Estado quieren un poco de abulón, ¿se podrá?

—Claro que sí— y abriendo un cuarto frío lleno de abulón crudo, tomó una pala y rápidamente llenó una cubeta mediana, ante la sorpresa de los presentes.

Cuando se la entregaron, lo único que acertó a decir Torres fue : —“¿cuánto le debo?” Y más se sorprendieron cuando escucharon la respuesta: —“ Si traen unas cuantas cervezas me doy por bien pagado. Los comentarios salen sobrando.

LA DELEGACIÓN DE SAN JUAN DE LOS PLANES

El sábado anterior, el presidente municipal Víctor Guluarte Castro tomó la protesta de ley al nuevo delegado de San Juan de los Planes, el señor Martín Olachea Romero, así como a los subdelegados de El Sargento, Agua Amarga y El Ancón. Con ello se dio forma legal al proceso plebiscitario realizado el domingo 9 y mediante el cual se eligieron a las autoridades de las cinco delegaciones y trece subdelegaciones con que cuenta el municipio de La Paz.

El valle de Los Planes tuvo su auge como región agrícola en los años de 1946 a 1960 cuando se abrieron al cultivo más de 300 hectáreas regadas con agua de pozos profundos. Su producción de cereales y hortalizas se exportaban a los Estados Unidos. Todavía, en 1983, se produjeron 3,320 toneladas de maíz, 1,598 de trigo, 1574 de algodón y 1,546 de chile.

La delegación de San Juan de los Planes fue creada el 24 de junio de 1983 durante la administración municipal del licenciado Matías Amador Moyrón y su primer delegado fue el señor José María Castro Peña. En una reunión extraordinaria del H. Cabildo celebrada en esa comunidad y con la presencia del gobernador del Estado, Alberto Alvarado Arámbaro, el ayuntamiento aprobó esa iniciativa después de considerar los aspectos económicos y sociales de esa región.

En 1983 la delegación tenía tres mil habitantes dedicados a la ganadería, la agricultura, la pesca y el turismo. La explotación agrícola se realizaba en mil

hectáreas que producían trigo, maíz, algodón, frijol y hortalizas. En esa época existían 10 mil cabezas de ganado vacuno, 1,500 de ganado caprino y 322 de ganado porcino. En la producción pesquera se capturaban 400 toneladas con un valor de 60 millones de pesos y a ella se dedicaban 120 familias.

Coincidentemente, el 24 de junio pero de 1946 se iniciaron los trabajos agrícolas en esa región, cuando el general Agustín Olachea Avilés era el gobernador del Territorio Sur de la Baja California. Algunos de los primeros agricultores fueron el ingeniero Marcelo Virgen, Salvador Castro, Marcelo Gaume, Juan Manuel Amador, Juan de la Peña Rosas y Juan de Dios Lucero. Por cierto, fue debido al número de “Juanes” que la entonces ranchería de San Vicente adoptó el nombre de San Juan de los Planes.

A 56 años del inicio de las actividades agrícolas en el valle de Los Planes y a 19 años de la creación de esa delegación, esa región se ha transformado gracias al esfuerzo de sus pobladores y de los gobiernos estatal y municipal. Lo justifica el hecho del aumento de su población y la diversidad de actividades que realiza. Hoy, las comunidades de Los Planes, El Sargento, Agua Amarga y El Ancón cuentan con un total de 2,187 habitantes, sin tomar en cuenta los pobladores de las 74 comunidades y rancherías que comprende este territorio.

Gobernar a la delegación de San Juan de los Planes no es cosa fácil ya que esta región tiene 851 kilómetros cuadrados de extensión de los cuales 1,653 son superficies agrícolas de riego y 15,716 de agostadero. Pero en todos estos años transcurridos las personas que han

fungido como delegados ha hecho lo posible por lograr el desarrollo de esa zona. Algunas de ella son: José Sánchez Lucero, Jesús Avilés Hirales, Ramón Filiberto Nieto Domínguez, Efraín Arturo Cota Avilés, Romualdo Alvarado Beltrán, Juan Antonio Flores Geraldo y Martín Olachea Romero, este último recién electo en la actual administración municipal.

En el mes de agosto del 2000 escribí una crónica haciendo referencia a las comunidades de La Ventana y El Sargento, de su historia y sus actividades como cooperativa pesquera. Tuve la intención de hacer lo mismo con los poblados de Los Planes, Agua Amarga y El Ancón, pero la falta de documentos alusivos obligaba a realizar investigaciones de campo, lo cual significaba inversión de tiempo y gastos extra.

Estoy convencido de la importancia de una investigación de esta naturaleza para saber el grado de desarrollo que ha alcanzado esta región, sobre todo en el aspecto turístico donde la apertura a la inversión extranjera ha propiciado la pérdida paulatina de la soberanía sudcaliforniana.

UN RANCHO SUDCALIFORNIANO Y EL GUAYPARÍN

El sábado pasado fui a conocer un rancho enclavado en la sierra de Las Cacachilas que lleva el antiguo nombre de “Las dos palmas”. Para llegar a él uno toma el camino vecinal que se aparta de la carretera a San Juan de Los Planes, un poco más allá del rancho “Los tamales”. En el trayecto pasa uno por Rancho Nuevo, Los Encinitos, Las dos Palmas, Las calabazas y Los divisaderos hasta entroncar con la carretera transpeninsular por el lado del golfo de California, a escasos veinte minutos de la población de El Triunfo.

Mi viaje fue motivado por una plática que tuve con la Regidora Patricia Meza Castro quien me aseguró que en esa región existía un árbol llamado “Guayparín” de cuya fruta se hacía una mermelada muy sabrosa. Así es que llevado por la curiosidad llegué a una de las casas del rancho —son dos— habitada por la familia León Martínez. Como los papás habían ido a La Paz me atendió una de sus hijas, la que amablemente me mostró uno de los árboles que crece en su huerto. A mis preguntas sobre los frutos de la planta, me explicó que efectivamente cuando están maduros se pueden comer pues tienen un sabor dulzón, aunque en lo que mejor se utilizan es para hacer jalea que resulta muy apetitosa.

El árbol en cuestión tenía unos cuantos frutos verdes, parecidos a los que da la higuera silvestre más

conocida como “zálate”, aunque un poco más pequeños. Pero a diferencia de éstos que tienen muchas semillas, la del guayparín son dos semillas grandes que se desprenden fácilmente de la pulpa. Cuando esta fruta está madura adquiere un color café oscuro y por la cantidad de ella los árboles se distinguen bien del resto de las plantas silvestres y porque además son árboles altos, de cerca de cinco metros.

En 1968, la Secretaría de Agricultura y Ganadería y su Agencia en La Paz, publicó un folleto al que tituló “Flora y Fauna del Territorio de B. C. Sur, en el que aparece el árbol guayparín con su nombre científico de *Diospyros Sonorae* st. Esta planta se reproduce en las cañadas y sitios húmedos como son los lechos de los arroyos.

Comentado la anterior información con Guillermo, uno de mis nietos, me platicó que por la zona del rancho Texcalama localizado al oriente de El Pescadero existen en las cañadas de la sierra muchos árboles de esta clase y que tienen la fruta madura. —Yo la probé—me dijo—porque nuestro guía nos dijo que eran comestibles y además porque tenía un hambre que para que le cuento. Por cierto tienen buen sabor y pienso que convertidas en jalea deben tener un sabor exquisito. Le creí en parte, pero como Santo Tomás ¿él fue? hasta no probar no creer.

A la familia León Martínez les prometí volver cuando la fruta del guayparín estuviera madura y con la posibilidad de que pudieran hacer un poco de jalea. Lo bueno es que el rancho está cerca de La Paz y por un camino en buenas condiciones, lo cual invita a visitarlo. Y lo que son las cosas: en reiteradas ocasiones

hemos recorrido ese camino, incluso hemos acampado a la sombra de los árboles de lugares como los arroyos de Los Encinitos o de Las Calabazas, y nunca conocimos el rancho de Las dos palmas.

—¿Y por qué se llama Las dos palmas si tiene más de cincuenta? Le pregunté a la amable señora que me atendió.- Bueno —me contestó— este es un rancho muy antiguo y a lo mejor, al principio sólo tenía dos de ellas. —En ese lugar, bajo la sombra de las palmeras se sesteaba el ganado y ya en los patios que rodean la casa se observan gallinas, patos, guajolotes y los imprescindibles perros. Es un rancho tradicional sudcaliforniano con su jardín de flores, su pozo de agua, sus árboles frutales como los naranjos, los ciruelos y los chabacanos. Un rancho al que se puede visitar con la confianza de que serán bien recibidos siempre y cuando se deje a un lado la soberbia, lo quisquilloso y se adapten a la forma de ser tan especial de nuestras gentes del campo.

EL AGUA ES LA VIDA

El periódico El Sudcaliforniano de días pasados inserta una entrevista al diputado local, Licenciado Mario Vargas Aguiar, en el que habla de tópicos diversos incluyendo el problema del agua en Baja California Sur. Naturalmente hablar de este preciado líquido cuando en las últimas semanas hemos tenido abundancia de lluvias, se antoja un tema fuera de tiempo. Sin embargo, si se considera que las lluvias son garbanzos de a libra dado el clima árido de nuestra península, y que el agua utilizada para el consumo humano proviene de pozos profundos, no de ríos o presas como en otros Estados de la República, el problema adquiere singular importancia por lo que debemos prestarle especial atención.

En reiteradas ocasiones se ha divulgado la información del abatimiento de los acuíferos, especialmente del valle de La Paz y del valle de Santo Domingo, a tal grado que existen programas y campañas permanentes para el uso y cuidado del agua. La Comisión Nacional del Agua tiene estudios muy completos respecto al comportamiento de los acuíferos en todo el Estado y no deja de preocupar la posibilidad de que en años próximos el problema de la escasez del agua se vuelva alarmante.

Pero volviendo con lo que declaró el Lic. Vargas Aguiar, nos parece oportuna la sugerencia que hace respecto a la necesidad de que se restablezca el Plan Hidráulico Estatal iniciado durante el gobierno del

exgobernador Alberto Alvarado Arámburo, (1981-1987). Gracias a este programa y con el apoyo federal fue posible la construcción de las presas de La Buena Mujer, Santa Inés y El Iguajil, y se inició la de San Lázaro.

La importancia de construir obras para contener el agua de los arroyos en épocas de lluvias es de vital importancia en nuestro Estado. Cada año los mantos acuíferos se van agotando debido a que la extracción del agua es mayor que la que se repone. En 1989, la infraestructura hidráulica para el aprovechamiento del agua subterránea en el municipio de La Paz era de 849 pozos de los cuales 267 eran para uso agrícola y 42 para agua potable. En 1992, el déficit fue de 1.8 hm³/ año.

Hace unas semanas el Licenciado Héctor Amparano Herrera, gerente general de SAPA informó que los servicios de agua potable a la ciudad de La Paz se hace a través de 26 pozos en operación, con un promedio de 833 litros de agua por segundo lo que permite atender la demanda en un 94%. Lo que no sabemos es la relación entre el agua extraída y la recarga de los acuíferos.

Volviendo al tema del Programa Hidráulico para el Desarrollo Integral de Baja California Sur y sus inicios en 1983, debemos recordar que uno de los gobernantes que por primera vez se preocupó de la necesidad de retener las aguas broncas fue el general Amado Aguirre, en los años de 1927 a 1929. Su formación profesional como ingeniero topógrafo y de metalurgia le permitió darse cuenta de la escasez del agua

en la entidad y con el dinamismo que le era característico se resolvió a resolver el problema.

El general dice en sus memorias que vio la urgencia de abrir un canal para desviar las aguas del arroyo de Las Binoramas (El Cajoncito) conduciéndolas al arroyo de El Palo. Como dejó de ser gobernador no llevó a cabo su proyecto. A lo mejor si lo hubiera hecho se habría evitado la tragedia de septiembre de 1976, con el ciclón Liza.

En el proyecto en cuestión se había considerado construir una presa en la barranca denominada El Cajoncito pero como el total de almacenaje apenas pasarían de 300 mil metros cúbicos se optó por construirla en la barranca del Salto de San Miguel, cercano a San Antonio y El Triunfo. Los trabajos se iniciaron aplicando el presupuesto que se tenía destinado para la presa de El Cajoncito que eran 80 mil pesos. Para mala suerte de los habitantes de la región la obra no se concluyó pues Aguirre tuvo que entregar el gobierno a su sucesor que fue el general Agustín Olachea Avilés.

Respecto a la construcción de las presas, Aguirre decía: *“ estas cambiarían por completo la faz del Territorio; pero si no las construye el gobierno federal no llegarán a construirse sino al cabo de muchos años y siempre y cuando se cuente con gobernantes de una honorabilidad comprobada, que no omitan esfuerzo ni sacrificio alguno para conducirlo a la prosperidad...”*

LA PAZ Y J. R. SOUTHWORT

Desde aquí le agradezco a don Adrián García Cortés, Secretario de la Crónica de Culiacán, el obsequio del libro de Herberto Sinagawa Montoya titulado “Rostros y Rastros, una visión diurna de un Culiacán que se fue”. Me refiero a esta obra porque en ella se menciona a J. R. Southwort autor de la revista “Sinaloa Ilustrado” publicado en el año de 1898 en la ciudad de San Francisco, California, por la The Hicks Judd Company.

Este “gringo espigado, medio calvo, de ojos azules, vestido con una levita de paño grueso y negro, con un frondoso bigote a lo Zapata” es el mismo que en 1899 escribió también el libro “Baja California Ilustrada” y el cual, en 1989, fue traducido al español por la Crónica Estatal. Por su parte, la obra sobre Sinaloa fue reeditada en 1980 durante el gobierno de Alfonso G. Calderón Velarde.

No estaba enterado de la vida y milagros de este escritor norteamericano si no es por los comentarios de Sinagawa Montoya. Resulta que Southwort era un agente de ventas y publicista de San Francisco que llegó a Culiacán en 1897 y después de dar a conocer algunos inventos “desapareció como había aparecido, no dejó olor a azufre como el diablo, pero si dejó constancia de su paso editando la revista “Sinaloa Ilustrado”. Ahora sabemos que abandonó Culiacán para dirigirse a la ciudad de La Paz.

Sin olvidar su calidad de vendedor dio a conocer a los peluqueros un sillón hidráulico con descansabrazos que podían utilizar en vez de la incómoda silla de vaqueta. A las señoras les mostró un dedal de metal liviano para protegerse de los pinchazos, una bobina mejorada para las máquinas de coser Singer y por si fuera poco una pomada para curar callos. Pero, además, ofreció a sus clientes potenciales gramófonos y fonógrafos de Edison, con cilindros de música y cilindros vírgenes que podían registrar con fidelidad la voz humana. Vaya, hasta vendía tónicos para las lombrices y una fragancia de agua de Murray “ que enloquecía las mujeres”.

No estamos enterados si aquí en La Paz ofreció esos productos, aunque es de creerse que muchas personas los adquirieron, entre ellas las de las familias Ruffo, González, Viosca, Hidalgo, Vives, Cota, etc. En 1899 ya atendían al público paceño varios comercios, entre ellos La Casa Ruffo, La Torre Eiffel y la Hidalgo y Compañía. Como Southwort en su libro se refirió también a la parte norte de la península es de creerse que sus productos también fueron ofertados en Ensenada y San Quintín.

En su libro sobre Baja California este agente de ventas da a conocer aspectos interesantes de los pueblos que visitó como San Ignacio, Mulegé,

Comondú, Loreto, La Paz y la región de Los Cabos Le dedica además varias páginas a Santa Rosalía y la compañía de El Boleo. Y como buen publicista no se le olvida hacer mención a los funcionarios y empleados principales del Distrito Sur de la Baja California, entre ellos al coronel Rafael García Martínez, Jefe Político;

Gastón J. Vives, presidente del ayuntamiento; Teófilo Uzárraga, Agente de la Secretaría de Fomento y Gabriel Santisteban, Juez del Estado Civil. Nombra también a los doctores Ventura O. Viruete y Federico Cota, así como a las autoridades de los diversos pueblos.

Pero volviendo al libro que fue motivo de esta crónica sobre el Culiacán que se fue, no resisto relatar una anécdota que aparece en una de sus páginas que es la siguiente: “Simón Chávez, agente de tránsito de viejo cuño, con su gorra ladeada y su uniforme gris sin corbata, vio un automóvil estacionado en plena calle Obregón, a la entrada del cine Avenida. Se fue derecho ya con el desarmador en la mano. Estaba dándole al desarmador a la izquierda quitándole los tornillos a la placa del vehículo estacionado en zona prohibida, cuando alguien se paró a sus espaldas. Volteó Simón y vio al general J. Jesús Arias, Comandante de la Novena Zona Militar, que le preguntó: —¿Qué está haciendo usted, muchachito?

Simón Chávez palideció y tartamudeando respondió: —Aquí, mi general, apretándole su placa que está medio flojita. Y el desarmador en vez de girar a la izquierda empezó febrilmente a girar a la derecha...

LOS AMIGOS Y LOS BARCOS

Manuel Rubio, Ramón Navarro y Ramón Nonato Domínguez son antiguos amigos que coinciden a la misma hora en los portales frente al Jardín Velasco, o bien en la esquina de las calles 5 de mayo y Belisario Domínguez donde, a la sombra de un frondoso árbol conocido como Laurel de la India, disfrutaban de un aromático café de un expendio cercano.

Cuando camino rumbo al Palacio Municipal siempre busco la oportunidad de saludarlos, porque escucho de ellos noticias interesantes de los acontecimientos de la vida cotidiana, entrecruzadas con bromas y chascarrillos. Nonato Domínguez es aquél que de buenas a primeras me reclamó: -Oiga, mi cronista, usted es un mentiroso, porque el ciclón al cual se refirió en días pasados no sucedió en 1942 si no un año antes.

Tenía razón al aseverarlo dado que ese día por poquito se ahoga en la corriente del arroyo que corría impetuoso por la calle Rosales. Por cierto la corrección sirvió porque en otra de mis crónicas hable de sus destrezas como deportista, ya que fue un buen basquetbolista y competidor de pista y campo.

Manuel Rubio, por su parte, un tanto ceremonioso en su conversación, siempre saca a colación el pueblo de Santa Rosalía, lugar en el que nació hace un titipuchal de años. Es hermano de estimados amigos que ejercieron la profesión de maestros; y como cosa curiosa, además de original, sus padres les escogieron nombres que empiezan con la letra "M". Algunos de

ellos son Mario, Marcelo, Máximo, Magdalena y, desde luego, Manuel, un exitoso comerciante en sus tiempos.

Ramón Navarro trabajó toda su vida como empleado de gobierno y a su tiempo límite se jubiló para disfrutar el periodo de su vejez. Como buen burócrata que fue conoce de cerca los intrínquilis de la política choyera. Ahora, con sus amigos, le gusta recordar muchos sucesos que le tocó vivir.

—¡Oiga, mi cronista— me preguntó una de las ocasiones Manuel Rubio, —usted que sabe muchas cosas y las que no las inventa, ¿Por qué no escribe algo de los barcos “La Pacita” y “El Dorado”, que hacían los viajes de cabotaje allá por el año de 1925? Fíjese que esos barcos recorrían el Golfo de California empezando por La Paz, Loreto, Mulegé, Santa Rosalía, hasta un lugar conocido como La Bomba, cerca de lo que es hoy el puerto de San Felipe.

Tomé en cuenta la sugestión, pero desde ese día a la fecha —poco menos de un mes— no he encontrado la referencia a esos barcos. Consulté la tesis de la licenciada Karina Busto Ibarra, sobre el comercio marítimo entre La Paz y Santa Rosalía durante el régimen porfirista, y en la lista de cerca de 160 embarcaciones no aparecen ni La Pacita ni El Dorado. En los trabajos de investigación del profesor Raúl Agruel tampoco son mencionados, y sólo encontré referencias orales de que esos barcos si existieron. ¿Habrá alguna persona que tenga información documental al respecto?

Por andar de preguntón, el señor Lucero, trabajador del canal 10 de televisión, me dijo: —“De esos barquitos de vela hubo varios, como los que utilizaba don Juan Cuevas Ramírez, del islote El Pardito, para llevar

sus productos a Santa Rosalía. Uno se llamaba “El Kino” y otro “La Flecha”. Por cierto el nombre de este último era una incongruencia dado que de La Paz a Santa Rosalía hacía sus siete días corriditos.



José Lorenzo Real Davis, capitán del barco “Abel Miranda”.

Y hablando de barcos de vela, por allá en los años cincuenta del siglo pasado, navegaba por el Golfo de California el último de ellos, que hacía la travesía de Mulegé a Guaymas. Llevaba el nombre de “Abel Miranda” y era un pailebot de dos palos y cuatro velas fijas, de 50 pies de eslora, sin contar el bauprés.

Desplazaba 40 toneladas y hacía el servicio de cabotaje llevando y trayendo mercancías y combustible.

Cuando se haga la historia de los transportes marítimos del siglo XX en la Baja California, de seguro el Abel Miranda ocupará el lugar de honor que le corresponde, junto con su capitán, el señor José Lorenzo Real Davis.

LA LLORONA EN LA PAZ

Le agradezco al estimado amigo Antonio Trujillo Ávalos el obsequio de los cuatro tomos de las leyendas y tradiciones queretanas, cuyo autor es el historiador Valentín F. Frías. La cuarta edición de estas obras fue posible gracias a la participación de la Universidad Autónoma de Querétaro y el Municipio de esa ciudad.

En el primer tomo se incluye la leyenda de “La Llorona”, una aparición cubierta con un ropaje blanco, descubierta la cabeza con su larga cabellera suelta, agitada por el viento, que más que correr volaba a cierta altura del suelo. De esta manera atravesaba en pocos minutos la ciudad dando, de tiempo en tiempo, tristes y lastimeros ayes. La crónica popular decía que se trataba de una mujer llamada Rosalía, quien se casó con un hombre de costumbres depravadas, el cual, en un arranque de celos, le dio muerte en unión de sus dos hijitos, y esto era la causa de su penar.

Por un tiempo sembró el terror en las ciudades de Querétaro y Celaya, hasta que un grupo de valientes se propuso descubrir la verdad. Una noche, cuando hizo su aparición la llorona, la atraparon y resultó ser un ladrón que portaba una armazón alta revestida de mujer y la cual le llegaba a las rodillas, quedando la parte baja libre y teñida de negro para que al correr se viera que el espectro se elevaba por los aires.

Aquí en La Paz tenemos una leyenda conocida como “La mujer de blanco de la calle Topete” dada a

conocer por Manuelita Lizárraga en el periódico El Sudcaliforniano. Es una mujer joven envuelta en un mantón blanco y su larga cabellera negra la vuela el viento tapándole el rostro. Los que la han visto dicen que es hermosa, de tez blanca y con unos ojos cargados de tristeza. Y como la llorona de Querétaro, no pisa el suelo sino flota. Tiene por costumbre cruzar toda la calle Belisario Domínguez atravesando las paredes hasta llegar a la altura de la calle Bonifacio Topete, hasta perderse frente a la panadería Briceño.

Varias personas, hombres y mujeres la han visto y han escuchado su voz que dice: —Me llamo Viki”. Pero a diferencia de la llorona, Viki no emite lamentos ni se le ha escuchado clamar por sus hijos. Por su costumbre de entrar a las casas, se le ha confundido con familiares hasta que se dan cuenta que es una verdadera aparición, un alma en pena.

Con lamentos o sin ellos, muchas ciudades de México tienen sus lloronas y Culiacán no es la excepción. Por la avenida Donato Guerra se recuerda de hace muchos años la Casa de la Llorona, una solitaria vivienda en apariencia deshabitada desde la cual en altas horas de la noche salían quejumbrosos lamentos poniendo carne de gallina a los que se atrevían a pasar por esa calle.

Con el tiempo se supo la verdad: En esa casona habitaba una joven mujer urgida de caricias que con generosidad dispensaba a un amante que vestía uniforme militar. Éste la hacía gozar con tal intensidad que cuando caía en éxtasis, en el momento supremo lanzaba lamentos y gritos que, aun siendo de retozos

sexuales se confundían como voces de un alma del purgatorio. Por varios años se le llamó la Casa de la Llorona, hasta que el batallón al que pertenecía el militar cambió de residencia llevándose al amante nocturno y con él la fama tenebrosa de lugar.

El relato anterior aparece en el libro “Tepalcates” del periodista Alfonso L. Paliza, obra que fue editada por la Crónica de Culiacán en el presente año.

ULISES URBANO LASSÉPAS, EL OLVIDADO

Legó a Baja California Sur a mediados del siglo XIX y por sus conocimientos especiales y dominio de las estadísticas fue nombrado como Agente del Ministerio de Fomento en el año de 1856. Poco le duró el gusto porque al año siguiente lo destituyeron con el pretexto de que no había recursos para pagarle. Aun así permaneció en La Paz para escribir un libro que lo hizo famoso, al menos entre los propietarios de terrenos rústicos, por los motivos siguientes:

Resulta que en ese año de 1857, el Presidente Ignacio Comonfort expidió un Decreto por el cual todos los terrenos vendidos desde 1821 por los jefes políticos o gobernadores de la Baja California, serían considerados nulos y sin ningún valor en tanto no obtuvieran la ratificación del supremo gobierno. Y les daba seis meses para el trámite de lo contrario pasarían a poder de la Nación. Para acabarla de amolar, el gobierno exigía que para revalidar los títulos de esos terrenos los interesados deberían pagar 300 pesos por cada sitio de ganado mayor.

¡En la torre!, han de haber exclamado los rancharos sudcalifornianos, ya que la mayoría no tenían comprobantes de sus propiedades habida cuenta que les pertenecían desde muchos años atrás. Tal fue el desconcierto ante esta injusta ley que muchas personas decidieron abandonar su tierra para radicarse en el

extranjero, tal como sucedió a 35 de ellas de la municipalidad de Todos Santos que se fueron a vivir a las islas de Hawai.

Las protestas no se hicieron esperar ya que el mismo gobernador Manuel Amao lo hizo públicamente pidiendo a los californios que confiaran en que el Decreto no tendría objeto, dado que el gobierno de Comonfort había terminado. Sin embargo, ya Urbano Lassépas había escrito su libro en el que refutaba las disposiciones del gobierno. Esa obra, conocida como **“Historia de la colonización de la Baja California y Decreto del 10 de marzo de 1857”** es una verdadera crónica de la propiedad de la tierra en la península, pero además contiene importantes datos sobre la conquista y colonización de esta parte de México, de sus aspectos económicos y de la población que existía en esa época. Al final del libro incluyó varios documentos oficiales relacionados con la colonización en la Baja California.

Dice el historiador David Piñera Ramírez que *“la lectura de este libro es indispensable para conocer a fondo la tenencia de la tierra en esta región desde la época hispánica hasta mediados del siglo XIX...”* En el prólogo de la obra de Ulises —reeditado por la UABC en 1995— Piñera dice que *“el libro de Lassépas refleja un fenómeno que ha sido una constante en la historia bajacaliforniana: la inseguridad en la tenencia de la tierra...”*

Afortunadamente las cosas se resolvieron de la mejor manera para los habitantes de esta tierra, aunque la experiencia sirvió para gestionar la legalidad de los títulos, mismos que han pasado de generación en

generación. Ahí están para comprobación las familias de los Gerardo, Romero, Mendoza, de la Toba, Ojeda, Castro, León, Cota, Verdugo, etc. cuyas propiedades se remontan a principios del siglo XIX.

Este personaje de origen francés se ausentó de La Paz cuando las tropas de Napoleón III invadieron nuestro país y establecieron el imperio de Maximiliano. Estuvo al servicio de la República y mereció la confianza del Presidente Juárez. En los últimos años del gobierno francés fue alcalde del puerto de Mazatlán y cuando triunfaron las armas nacionales se embarcó para América del Sur. Está sepultado en la ciudad de Guatemala.



Pedro Ulises Urbano Lassépas.

Por su decidida participación en favor de los propietarios de tierras de Baja California y por ser el autor de uno de los libros clásicos de la historiografía de esta región de México, Pedro Ulises Urbano Lassépas merece ser recordado y lo menos que puede pedirse a las autoridades del H: X Ayuntamiento de La Paz es que una calle o un nuevo asentamiento humano lleve su nombre.

“EL GÜERO” DEL RANCHO LAS CANOAS

Félix Ortega Avilés es un viejo conocido de nuestra familia que tiene un ranchito cerca del poblado de El Rosario, más conocido como Las Gallinas. Hace unos días llegó a la casa para invitarnos a conocer el rancho de Los Dos Hermanos que se localiza en las faldas de la sierra de Las Cacachilas, por el rumbo de La Ventana y El Sargento.

Ante nuestra mirada de interrogación nos explicó: —Es que en estos días estoy cuidando ese rancho que es propiedad de un compadre mío que vive aquí en La Paz. Si quieren ir no tiene pierda para llegar; bajando la cuesta antes de llegar a Los Planes se aparta un camino a la izquierda; por ahí se van derecho y ya cerca de un arroyo tuercen rumbo a la sierra y van a llegar al lugar.

—“Está fácil murmuramos”— y es por eso que le prometimos visitarlo el siguiente domingo. Por las dudas llevamos una buena dotación de agua potable, alimentos y, de manera particular, mi cámara fotográfica, la grabadora y la libreta de apuntes. Tenía interés en conocer esa región del municipio de La Paz y más aún porque cerca de ahí se encuentra el rancho de Las Canoas, lugar al que tenía el firme propósito de visitar.

—“De seguro —pensé— habrá mucho que escribir de esa comunidad rural donde nacieron los hijos de la familia Rieke Avilés, en especial de Antonio que fuera conocido como “El Güero de las Canoas”.

La primera sorpresa que nos llevamos es que en el rancho Los Dos Hermanos —su dueño es César Avilés, mejor conocido como “El Oso”— existe una casa de material con un amplio corredor, árboles de sombra, un pequeño huerto y lo más extraordinario, una pila grande y otra chica llenas de agua que se utiliza para las necesidades más elementales. Desde luego eso obligó a preguntarle a Félix de dónde provenía ese líquido, ya que como dijimos el rancho se encuentra en las estribaciones de la sierra.

Tanto César como Félix nos explicaron que 500 metros más arriba, entre las rocas, está un pequeño, pequeñísimo venero y lo único que hicieron fue entubar el agua y dejar que llegara por gravedad al rancho. Me dieron ganas de subir esa parte de la sierra, pero mi edad y la temperatura de 39 grados me hicieron olvidar la curiosidad.

A cambio externé mis deseos de conocer el rancho de Las Canoas, pero me explicaron que hacía tiempo el camino para los vehículos estaba cortado y sólo se llegaba a pie. ¿Y qué tan lejos queda de aquí?— pregunté. Y al modo ladino de los rancheros Félix me respondió: —Allí nomás tras la lomita. Pero yo conociendo como se las gastan insistí y entonces me aclaró que tendría que caminar unos cinco kilómetros.

—Pero si quiere llegar en carro regrésese hasta el entronque, siga derecho y después suba por el cauce del arroyo. Al final siempre tendrá que caminar un medio kilómetro hasta llegar a Las Canoas. Y después, con su socarronería habitual, remató: —Si se agota puede descansar a la sombra de un zalate, al cabo que hay muchos y muy grandes.

Lo anterior me hizo recordar la anécdota del “Güero”, cuando, descansando bajo una higuera silvestre, el general Agustín Olachea le preguntó: —Oye Güero, ¿qué árbol es éste? —Me da miedo decírselo, mi general. Y el militar sacando la pistola y apuntándola a su cabeza, le volvió a preguntar —¿Y ahora, Güero, ¿cómo se llama? Y con el ingenio que lo caracterizaba le contestó: —Ahora me da más miedo, mi general...

Después de todo no llegamos a Las Canoas. Ya era tarde y el temor hacia un camino desconocido nos hizo dejar pendiente la visita para otra ocasión. Pero, además, porque supimos que el rancho está deshabitado, ya que sus últimos habitantes o murieron o se fueron a vivir a otras comunidades cercanas como El Sargento. Habrá oportunidad de escribir algunas crónicas sobre Las Canoas y la familia Rieke Avilés.

II

En la comunidad de El Sargento localicé al señor Alejandro Rieke Avilés, hijo de Antonio más conocido como el “Güero de las Canoas”. Él y sus hermanas María y Carmen tienen ya varios años que abandonaron el rancho donde nacieron, a raíz de la muerte de su padre y porque los trabajos de minería se suspendieron hace mucho tiempo.

Alejandro tiene ahora 63 años de edad y tiene toda la pinta de un rancharo sudcaliforniano: alto, del-

gado, de tez blanca, de cara afilada y un poco encorvado, divide su tiempo trabajando en la gasolinera del lugar y cuidando la finca de un extranjero. Cuando le platicué mis deseos de conocer el rancho de Las Canoas de inmediato se ofreció a acompañarme, no sin antes aclararme que tendríamos que caminar unos 500 metros, ya que los vehículos no llegaban hasta allá.

Fue por eso que el martes pasado, acompañado de mi esposa y un nieto llegamos temprano a El Sargento donde ya nos esperaba Alejandro y la señora que vive con él, de nombre María de la Luz Flores. La brecha que seguimos nos llevó al arroyo de las Canoas y después por el cauce del mismo recorrimos unos cinco kilómetros hasta donde se termina el camino. De allí, rodeando grandes piedras y por una vereda apenas visible, hicimos el recorrido hasta llegar al rancho.

En efecto, en el lugar solo quedan ruinas de las casas y los vestigios de las construcciones donde se beneficiaban el oro y la plata. Aquí y allá se encuentran restos de la maquinaria y las pilas —varias de ellas— que guardaban el agua para los trabajos mineros. En la parte opuesta, cruzando el cauce del arroyo, tenía su casa Alejandro, pero ahora solo parte de las paredes permanecen en pie. Más arriba, a unos 300 metros, sobre el arroyo, existe un pequeño venero con agua permanente que era conducida hasta el rancho por tuberías y por medio de la fuerza de gravedad. Gracias a la humedad, al lado del venero crecieron dos hermosos árboles de mango y varias palmas datileras.

Y eso es todo lo que queda de “Las Canoas” que antes se llamaba el rancho de la Virgen Abandonada, vaya usted a saber por qué. Pero hace cincuenta años,

bajo la administración del ingeniero Sebastián Díaz Encinas, en este lugar se beneficiaba el oro y la plata, explotando varias minas de sus alrededores, entre ellas “La Guayparina” y “La Sonia” nombre éste último en honor de una hija del ingeniero. Cuando murió Sebastián, en 1991, los trabajos se suspendieron y la familia del “Güero” se fue para varios rumbos.

Hoy, en la cuesta que lleva a San Juan de Los Planes, a la altura del rancho Dos Hermanos, se puede ver un letrero en el que se oferta el rancho de Las Canoas. Es probable que cualquiera que sea el comprador va a tener la intención de restaurarlo para convertirlo en una finca de descanso, o bien adaptarlo como rancho ganadero, aprovechando la abundancia de plantas forrajeras y el agua de esa región. Lo malo es que a lo mejor limitan el acceso al lugar que tiene una historia digna de contarse, como la siguiente:

El pozo de agua donde se surtían para los trabajos quedaba lejos, en las laderas de la sierra de Las Canoas. En una ocasión, un trabajador fue por agua llevando dos latas mantequeras. Iba distraído y por eso, al llegar a un recodo del camino, se topó de pronto con un león que lo miró con ojos de tener hambre. Por supuesto, el asustado sujeto tiró las latas y regresó despavorido al rancho, adonde llegó con sólo un huarche. Al enterarse del percance, los trabajadores—cinco de ellos— organizaron una batida llevando un rifle 22, tres machetes y una pala. Iban confiados en que matarían a la fiera, mientras escuchaban los pormenores del suceso contado por el protagonista del mismo.

Al llegar al lugar del encuentro, de pronto exclamó: —“Y para que no digan que es mentira allí está

arriba de ese árbol de zalate...” No lo hubiera dicho, al momento se hizo la desbanda olvidando rifle, machetes y la pala, por lo que no alcanzaron a escuchar las últimas palabras de su frase que eran: “está el huarache que se me perdió...”

III

Existe un paralelismo histórico entre lugares y personas originado por acciones que éstos han realizado en alguna época de su vida, y que los identifica con las comunidades en las que hicieron sentir su influencia. Así, no podemos hablar de la historia de la ciudad de La Paz sin referirnos a su fundador, el conquistador español Hernán Cortés. De igual manera identificamos a San José del Cabo con José Antonio Mijares, a Cabo San Lucas con Ildefonso Green , a Santa Rosalía con Manuel F. Montoya y al valle de Santo Domingo con el general Agustín Olachea Avilés.

Muchas veces el prestigio, la fama o el ingenio de las personas permiten que algunos lugares sean más conocidos que otros, como es el caso de Todos Santos con la inigualable “Cachana”, la comunidad de Cadejé con don Nemesio Murillo, padre de distinguidos profesionistas, y el rancho de Las Canoas con su singular personaje conocido como el “Güero de las Canoas”

En dos crónicas anteriores hice alusión a este rancho enclavado en la sierra del mismo nombre y de Antonio Rieke Avilés que nació y vivió la mayor parte de su vida en ese lugar. Hijo de Eduardo Rieke Richard, de origen alemán y de Fructuosa Avilés, el “güero” tuvo

seis hermanos que fueron Guillermo, Eduardo, Enrique, Manuel, Herminia y María. Un amigo que lo conoció dice de él que era “güero colorado, de estatura mediana, flaco y de cabello alazán” Acostumbrado a las duras tareas del trabajo en las minas y el cuidado de ganado, Antonio fue el brazo derecho de su padre y como tal era el gestor de los asuntos familiares en la ciudad de La Paz.

Hace 40 años, el profesor Jesús Castro Agúndez, en su libro **“Más allá del Bermejo”** dijo de él: *“Si fuera mi intención hacer un análisis de su personalidad, diría que el Güero de las Canoas es un bajacaliforniano a carta cabal, de esos que crecen a golpes como las vejigas y por este procedimiento aprenden, que la vida es una lucha continua del hombre con el hombre mismo, las inclemencias del medio físico, las enfermedades y la permanente amenaza de la miseria...”*

La particularidad de Antonio era su ingenio, la agudeza mental para hacer frente a las circunstancias las cuales resolvía muy a su modo. Cuentan que en una ocasión llevó a bautizar a una de sus hijas que ya tenía seis años. Al reprocharle el sacerdote porque no había aprovechado la presencia en su rancho de una “Misión cristiana” para bautizarla, el Güero le contestó; — “Újule Padre, donde vivo no llegan las misiones, ¡Ni las vitas llegan! (hacía alusión a dos refrescos embotellados de esa época).



Ruinas del rancho “Las Canoas”. Al lado derecho Alejandro, hijo de Antonio “Güero” Rieke Avilés.

La figura del Güero era conocida en La Paz, más en esos años de 1940 y 1950 en que la población era reducida y casi todos tenían relaciones de amistad. Los asuntos por lo general se atendían y arreglaban en la ciudad y es por eso que Antonio la visitaba regularmente, para acudir ante el Delegado de Gobierno. La anécdota sucedida entre él y Alberto Alvarado Arámburo no tiene desperdicio: Un día se presentó en la Delegación a solicitar un permiso para matar “una rese-cita”. Concedido, el güero regresó a Las Canoas y pocos días después el dueño de un rancho cercano al suyo se quejó porque Antonio le había matado un novillo de su propiedad. Citado a la Delegación, Alberto lo reprendió por ese acto de abigeato, a lo que el inculpado le respondió: —“Pero, señor delegado, usted me dio permiso”. —“Si güero —le aclaró la autoridad— pero era un permiso para matar una res de tu propiedad”. A lo que éste contestó: —“Me, puchi, para matar una

vaca de mi propiedad no necesito permiso de nadie, porque sobre lo mío yo mando...” Y no lo sacaron de ahí.

Nuestro pueblo ha endilgado muchas anécdotas a su nombre. Ciertas o no, su figura y el mote que le adjudicaron pertenece ahora a la historia particular de Baja California Sur, como lo son “El Conono”, “Obregón Perla”, “Panza de León” y otros más que llevan tras de sí el signo de la originalidad y el ingenio. Antonio Rieke Avilés ha tiempo que murió, pero mientras se repitan sus hechos y dichos, tendrá que pasar mucho tiempo para que se olvide. ¿Será?